

El Padre Pío

PRESENTACION

UN MUCHACHO LLAMADO FRANCISCO

"¡Lo tiro por la ventana!
"¡Quiero ser religioso!"
De un profesor a otro
Morir antes que faltar a la llamada
Años de formación

EL SAGRADO MINISTERIO

Sacerdote del Señor
Engrandeceré Pietrelcina
El soldado Francisco Forgione
Mi general, ¡no haga esta locura!
Formador de seminaristas

LOS SUFRIMIENTOS DEL P. PIO

Los sufrimientos físicos
Sufrimientos morales
El P. Pío se ofrece víctima por la Iglesia
Ataques del maligno

LAS SEÑALES DEL SEÑOR

El más grande estigmatizado de la historia
Lloró porque nuestro hijo lleva las llagas del Señor
Extraños perfumes

LA MISA DEL PADRE PIO

El sacerdote
La víctima
Preparación a la santa Misa
La celebración de la santa Misa
La Comunión
La Misa para las almas del purgatorio
El Pan de cada día
¡No tengo ninguna gana de ir a misa!

EL MARTIR DEL CONFESIONARIO

El P. Pío instrumento de la misericordia de Dios
Las explosiones del P. Pío
Comunistas y ateos se confiesan

LOS DONES DEL SEÑOR

"¡Yo te conozco dentro y fuera!
Clarividencia espiritual
Un gran profeta
¡A éste no se le puede decir que no!
Para mí no hay distancias
Hilo directo con el más allá
¡Aquellas tardes con el P. Pío!

LA DEVOCION A LA VIRGEN

La devoción de su infancia
El mes de mayo dedicado a María
Su arma preferida
En nombre de la Virgen te curarás
Amor concreto y profundo

LOS AMORES DEL P. PIO

Amor al Ángel de la guarda
El ángel me lo explica todo
Para mí el Papa es igual a Jesucristo
Amor a la familia
Casa Alivio del Sufrimiento

LOS COLABORADORES DEL P. PIO

Almas víctimas
Los Grupos de Oración
Difusión de los Grupos de oración

HACIA LAS GLORIA

Místicas bodas de sangre
Cien mil personas de rodillas
Hacia los altares
La Beatificación
P. Pío, misionero y profeta de nuestro tiempo.

PRESENTACION

Dios envía a sus profetas según los tiempos. Para los nuestros Dios envió al P. Pío, verdadero hombre de Dios y hombre para los demás, que actuó y enseñó en el nombre y con el ejemplo de Jesús

La misión del P. Pío en esta tierra fue la de despertar en las conciencias el sentido del pecado, y a través de la misa y del sacramento de la confesión, llevar a los hombres a la conversión.

El P. Pío fue un profeta que le predijo a Karol Wojtyla y a Giovanni Montini su elevación al papado; trató con cardenales; llamó la atención a presidentes de gobierno; llevó la Comunión, en bilocación, a Teresa Musco; y escuchó la confesión de obispos, sacerdotes, religiosos, artistas, cantantes, actores, periodistas y científicos, que le pedían consejos. Fue amado hasta la exaltación y el fanatismo, y perseguido hasta la calumnia y la cobardía.

El 2 de mayo de 1999, Juan Pablo II, su amigo e hijo espiritual, lo beatificó en la Plaza San Pedro de Roma y meses después fue canonizado.

El propósito de estas líneas es el de dar a conocer todavía más esta figura gigantesca que ha llenado y sigue llenando la historia religiosa de este siglo XXI.

UN MUCHACHO LLAMADO FRANCISCO

"¡Lo tiro por la ventana!"

El 25 de mayo de 1887, en la pequeña aldea de Pietrelcina, provincia de Benevento en el sur de Italia, nació el P. Pío, hijo de Horacio Forgione y María Josefa de Nunzio. Fue bautizado con el nombre de Francisco, en honor del Santo de Asís.

Pietrelcina es un pueblo de campesinos y pastores, dulce y fuerte en su pobreza, sano y trabajador. La gente ama la música y el canto, así como sus fiestas religiosas, ricas de devoción y folklore, sobre todo la fiesta de la Patrona, la hermosa y milagrosa Virgen de la «Líbera».

El título de «líbera o libertadora» le fue dado a la Virgen por el pueblo todavía en el siglo VII, cuando el ducado de Benevento, por la intercesión de la Virgen, fue liberado del sitio del emperador bizantino Constante II. Más tarde en el año 1854, Pietrelcina obtuvo la liberación de la peste.

Hoy en día la población de Pietrelcina tiene por delante un porvenir espléndido, gracias a su gran hijo, el P. Pío. Un día, el P. Pío, refiriéndose a su pueblo natal, dijo:

- En vida engrandecí a San Giovanni Rotondo; cuando muera haré famoso a Pietrelcina.

Antes que el P. Pío profetizara sobre Pietrelcina, un adivino del pueblo había profetizado sobre él. Se llamaba José Faiella y vivía muy cerca de los Forgione. Sus conocimientos se basaban en un libro llamado «Rutilio», que describía el curso de las estrellas.

Doña Pepa no supo resistir la natural curiosidad de las madres por conocer el futuro de sus hijos y fue a consultarlo. El astrólogo consultó su Rutilio y sentenció:

- Este niño será un hombre bueno. Todo el mundo irá detrás de él. Por sus manos pasará mucho dinero, aunque no poseerá nada. Tendrá una larga vida.

La madre pensó:

- Francisco irá a América, hará fortuna y así llegará a ser famoso.

En cambio, el que tuvo que surcar el océano para buscar fortuna fue papá Horacio.

La familia de los Forgione era numerosa. Francisco iba creciendo sano y bueno, pero lloraba mucho. Cuando Horacio volvía a casa del trabajo, muerto de fatiga, se ponía nervioso porque el niño lloraba y lloraba.

- No aguanto más - dijo una noche a su mujer -, ¡dámelo, que lo tiro por la ventana!

Cuando el P. Pío contaba este episodio, concluía diciendo:

- Desde aquella vez, ¡ya no lloré más!

A los cinco años le fueron confiadas dos ovejas. Todas las mañanas, con un trozo de pan en el morral, salía al campo con su pequeño rebaño que luego aumentó hasta cinco ovejas. Le gustaban la campiña ondulada y las praderas. Como iba solo, tenía tiempo para pensar. Más tarde se le juntó un amiguito, pastor como él. Francisco era amable con él, hablaba poco y jugaba menos.

"¡Quiero ser religioso!"

Francisco no solamente llevaba al campo su pequeño rebaño, sino que aprovechaba el tiempo para estudiar.

En el barrio del Castillo existía una pequeña escuela rural y un maestro que se contentaba con media lira mensual por cada alumno. Francisco se mostró enseguida atento y estudioso. Sus compañeros, que no tenían ninguna gana de estudiar, lo molestaban, especialmente cuando iba al campo con su libro debajo del brazo. Le echaban tierra sobre el libro, le quitaban el sombrero y le hacían otras mil travesuras de niños.

Un día Francisco escuchó en la iglesia una plática sobre san Miguel Arcángel. El predicador era el Padre José Orlando, un joven sacerdote de Pietrelcina. Muchos años más tarde, el mismo P. Pío, al encontrarse con el Padre José, le dijo:

- Si soy sacerdote, te lo debo a ti. Sentí la vocación mientras escuchaba tu plática sobre san Miguel.

Francisco tenía diez años cuando sintió claramente la llamada del Señor. Pero entonces, no les dijo nada a los suyos. Su vocación se le confirmó con la visita de un hermano capuchino que se presentó en Pietrelcina para recoger el trigo; se llamaba Fray Camilo, de larga barba, alforja a la espalda y una gran sonrisa para todos.

María Josefa le dio una abundante medida de trigo. El frailecito dio las gracias, les aseguró las oraciones de su comunidad y se alejó muy contento.

El pequeño Francisco no había dejado de tener los ojos fijos en Fray Camilo, y cuando se fue, le dijo a su papá:

- Yo quiero ser fraile.

Horacio se quedó pensativo. Intervino la madre que dijo:

- Hazte fraile de Paduli, así te veremos más a menudo.

- No -contestó Francisco-, yo quiero ser fraile con barba.

Así, poco a poco, se empezó a hablar de la vocación del muchacho y su vida fue tomando esa orientación.

Sin embargo, cuando se trató de que Francisco entrara con los capuchinos, éstos le exigieron los estudios superiores, y cursar esos estudios significaba pagar profesor y comprar libros, gastos demasiado fuertes para una humilde familia de campesinos, cuya suerte dependía de la incierta cosecha.

Entonces el generoso padre resolvió irse a América a buscar fortuna. Fue a Estados Unidos, encontró trabajo en un rancho, se hizo querer bien y por su diligencia llegó a ser capataz.

Escribía con regularidad a su familia y enviaba uno que otro cheque.

Francisco se encargó de escribir a su padre; era muy diligente en comunicarle cómo iba la familia, las novedades del pueblo y el trabajo del campo. Le enviaba muchos saludos, le deseaba un pronto retorno y no se olvidaba de prometerle «las continuas oraciones a nuestra bella Virgen». Luego le pedía la bendición y se firmaba «su obedientísimo hijo, Francisco».

El P. Pío, ya anciano, recordará y repetirá con gran emoción:

- Mi padre tuvo que surcar dos veces el océano para que yo pudiera estudiar.

De un profesor a otro

Francisco fue a cursar los estudios superiores con el profesor Domingo Tizzani. Sin explicarse por qué, Francisco no conseguía aplicarse a esos estudios, no rendía como era necesario. Cuando María Josefa fue a preguntar por su hijo, el profesor le respondió:

- Su hijo es un burro. Es mejor que lo envíe a guardar ovejas.

La pobre madre quedó sorprendida y angustiada ¿Qué estaba pasando, si su hijo era tan diligente en todo?

El misterio se supo pronto. Francisco no tenía ganas de ir a la escuela del profesor Tizzani porque éste había sido sacerdote y ahora vivía con una mujer. Esta triste realidad influía negativamente sobre Francisco y le impedía todo rendimiento.

La buena madre entonces le hizo cambiar de profesor. En efecto, las cosas cambiaron enseguida, y Francisco llegó muy pronto a ser un óptimo estudiante. Se retiraba en el cuarto alto de su casa a hacer su tarea, en donde nadie lo molestaba. Y cuando iba al campo para ayudar en las faenas, se llevaba unos libros, para estudiar en sus momentos libres.

Pasaba presuroso y recogido por las calles del pueblo, con sus libros debajo del brazo, porque quería ser puntual en llegar a las clases. Cuando volvía, muchas veces le tocaba hacerse la comida porque los demás estaban en el campo. Un vecino que lo veía volver de la escuela al mediodía, le preguntaba:

- Francisco, ¿qué vas a comer hoy?

- Papas fritas - respondía casi invariablemente el muchacho.

Así pasaban los días de Francisco: casa, escuela, iglesia. Todo con orden y constancia,.

En el mes de mayo de 1902, Francisco envió una solicitud a los franciscanos de Nápoles para entrar en su Orden. El Padre Provincial respondió afirmativamente, pero como no había lugar, enviaba la entrada de Francisco al año siguiente. Francisco tiene prisa y vuelve la mira en el noviciado de Morcone, el convento de Fran Camilo; escribe una carta al Provincial de los capuchinos de Foggia pidiendo la admisión al noviciado de Morcone. La respuesta vuelve a desilusionarlo, porque debe seguir esperando: no hay lugar hasta el año siguiente. El tío Pellegrino De Nunzio, hermano de su madre, y sus parientes intentan hacerle desistir de ingresar a Morcone porque sus frailes parecían "tísicos", y él debía pensar "en estar bien". Pero fue inútil, ni los benedictinos de MontevérGINE, ni los redentoristas de San Angelo, ni los franciscanos de Benevento tenían "barba" y nadie lo pudo desmontar de su propósito.

Morir antes que faltar a la llamada

Habiendo ya terminado los estudios que exigían los capuchinos, a Francisco le faltaba solamente poco más que un mes para entrar al noviciado de Morcone y estaba preparando los documentos de entrada al convento, cuando ocurrió lo impensado.

Una carta anónima denunció ante el párroco de Pietrelcina que Francisco tenía relaciones ilícitas con la hija del jefe de la estación ferroviaria de Pietrelcina, una joven que raramente iba a misa y a quien el inculpaado no conocía.

Dada la situación de Francisco como aspirante al noviciado capuchino se decidió investigar la denuncia y mientras esto se hacía, se le excluyeron sus funciones de monaguillo, alejándole de la sacristía y el altar. Obediente a las disposiciones del párroco, Francisco sólo pensó que sería una costumbre tratar así a quienes van a ser frailes.

La investigación duró cerca de un mes, descubriéndose por el examen caligráfico al autor del anónimo, un monaguillo envidioso quien, por remordimiento, al ver tan injustamente humillado a su compañero, confesó su intriga ante el párroco.

Esta fue una gran prueba para su vocación religiosa, y propiamente en la vigilia de su partida. Veinte años más tarde, el P. Pío recordará aquel tiempo, que para él fue luctuosísimo:

«¡Tú conoces, Señor, las lágrimas vivas que derramaba frente a ti en aquellos tiempos! Tú conoces, oh Dios, los gemidos de mi corazón. Tú tuviste la señal incontestable de aquellas lágrimas y de su causa en los pañuelos que quedaban empapados. Siempre quería obedecerte, pero la vida se me detenía, quería morir antes que faltar a tu llamada. Pero tú, oh Señor, que hiciste experimentar a este hijo todos los efectos de un verdadero abandono, al fin surgiste, me extendiste tu mano poderosa y me condujiste allá donde me habías llamado».

Dos fuerzas opuestas se habían desatado en su interior, que le laceraban el corazón. Por una parte, el amor a Dios al cual quería entregarse por completo; y por otra, el amor a las creaturas que lo atraían con sus seducciones. Veinte años más tarde, escribiendo a una hija espiritual, recordará esas luchas íntimas:

«¡Dios mío!, ¿quién podrá describir el martirio interior que sentía en mí? El solo recuerdo de aquella lucha interior, me hace helar la sangre en las venas, a pesar de que ya han pasado veinte años. Sentía la voz del deber de obedecerte a ti, oh Dios verdadero y bueno, pero los enemigos tuyos y míos me tiranizaban, me dislocaban los huesos y me destrozaban las entrañas».

Francisco pudo superar la prueba con la oración, ayudado además por una especial intervención divina: la visión de dos ejércitos, el angélico y el diabólico. Cogido de la mano por un personaje majestuoso y bellísimo, Francisco fue invitado a combatir contra un ser monstruoso y gigantesco que parecía una montaña.

El choque fue tremendo, pero al fin Francisco salió victorioso, mientras el monstruo se dispersó con su ejército. Entonces el guía misterioso puso sobre la cabeza de Francisco una espléndida corona y le dijo: "Te tengo reservada otra corona todavía más hermosa, si sabes seguir luchando contra este monstruo. El volverá con frecuencia al asalto. Sé valiente, yo te ayudaré".

Tenía que superar la última batalla: la de la familia. El P. Pío escribe:

«Recuerdo como si fuera hoy, la escena triste del adiós a mi madre. La mañana de la partida, después de haber escuchado la santa misa, volví de la iglesia y encontré a todos los parientes reunidos, mudos y tristes como si se tratara de un funeral. Entonces mi madre - aquí el P. Pío empezó a llorar y agarró la mano de uno de sus oyentes apretándola muy fuerte - tomó mis manos y, con los ojos hinchados de lágrimas y la voz ahogada, me dijo: "Hijo mío, se me

destroza el corazón, pero tú no hagas caso, sigue tu vocación y que el Señor te haga un santo"».

¡Palabras verdaderamente dignas de una madre santa!

Superadas victoriosamente todas las dificultades, el 22 de enero de 1903 Francisco tomó el hábito capuchino en el noviciado de Morcone. Cambió su nombre de bautismo en el de Fray Pío, y su apellido, Forgione, fue sustituido por el de su pueblo natal: Pietrelcina. Su madre le dijo:

- Ahora ya no me perteneces a mí, sino a san Francisco.

Años de formación

Cuando Francisco entró en el noviciado de Morcone, su padre estaba en los Estados Unidos. En otoño volvió y se apresuró a ir a visitar a su hijo. Se quedó bastante angustiado por el aspecto demacrado del joven novicio y se entrevistó con el padre maestro:

- ¿Qué ha hecho con mi hijo? - le preguntó.

- No tenga miedo, señor Horacio, - lo tranquilizó el Padre -. Cuando Fray Pío haya aprendido a moderar sus mortificaciones, volverá a ser tal como era antes.

El 22 de enero de 1904, Fray Pío se consagró totalmente a Dios con los tres votos religiosos de pobreza castidad y obediencia, siguiendo las huellas del seráfico san Francisco de Asís.

Los seis años que siguieron los consagró al estudio de la filosofía y de la teología para prepararse al sacerdocio. Su empeño fue intenso, especialmente en el estudio de la teología, la ciencia de Dios. Más de una vez sus superiores lo encontraron de rodillas, contemplando, más que estudiando, los misterios de la salvación.

Durante este período, Fray Pío siguió con sus mortificaciones. En el convento de Venafro pasó tres semanas sin tomar más alimento que la sagrada Comunión. Repentinamente caía enfermo, y con la misma rapidez, misteriosamente recobraba sus fuerzas.

Se avisó a su padre que vino enseguida a ver a su hijo.

- ¿Cómo está mi hijo? - preguntó Horacio al hermano de la puerta.

- Ah, señor Horacio, muy mal. No toma alimento desde hace quince días. Tememos que tenga tuberculosis.

- Pues bien, si debe morir - dijo luego el padre acongojado al Padre Guardián -, que muera en mi casa.

Viendo aquello, los superiores le dieron permiso para que se fuera a respirar los aires de su pueblo. Estaba tan débil que dos hermanos tuvieron que ayudarlo a vestirse y acompañarlo a la carreta.

Nada más puso pie en su casa, que sorprendentemente Fray Pío preguntó a su madre:

- Mamá, ¿qué has preparado de comer?

- Nabos, hijo mío.

- Está muy bien, mamá, ya sabes que es mi plato preferido.

Y esa tarde se comió cuatro platos de nabos.

Repuesto de salud, volvió al convento. A pesar del tiempo perdido, Fray Pío progresaba en los estudios, y fue el que sacó las mejores calificaciones entre sus compañeros .

EL SAGRADO MINISTERIO

Sacerdote del Señor

Por fin el 10 de agosto de 1910 Fray Pío se ordenó sacerdote en la catedral de Benevento por las manos del obispo Pablo Schinosi. Estaban presentes su madre, sus hermanos y el párroco

de Pietrelcina. Lástima que faltara su padre que por segunda vez había emigrado a EE. UU. para hacer frente a las necesidades de la familia.

El 14 de agosto celebró su primera misa solemne en su pueblo. En el discurso de presentación del nuevo sacerdote, el Padre Agustín, su profesor de teología, dijo entre otras cosas:

- Lástima que tú no tengas mucha salud, y por eso no podrás ser predicador. En cambio te deseo que seas un buen confesor.

La tarde de día de su primera misa el P. Pío escribió una breve oración que es todo un programa de santidad sacerdotal: "Oh Jesús, mi suspiro y mi vida, mientras hoy te ofrezco en este misterio de amor, te pido que hagas de mí un sacerdote santo y una víctima perfecta".

Después de las fiestas de su ordenación, el P. Pío volvió a su comunidad. Pero pronto le volvió la fiebre y los males que le aquejaban durante los estudios. Para los superiores no hubo más remedio que enviarlo nuevamente a su pueblo para que se restableciera en salud. Por siete largos años permaneció en Pietrelcina con gran placer del párroco que lo tuvo como vicario en la parroquia.

Nunca los feligreses habían asistido a misas tan edificantes, que a veces se prolongaban hasta hora y media. De hecho el P. Pío perdía la noción del tiempo y durante la celebración permanecía en estado místico hasta que el párroco lo despertaba de sus éxtasis con el sonido de la campanilla.

En Pietrelcina se repitieron los ataques del enemigo. A veces se oían gritos y aullidos que venían de su habitación, tanto que los vecinos se quejaron del ruido sin sospechar en absoluto de qué se trataba en realidad.

- ¡Ya viene el santo! - le dijo una vez burlescamente el espíritu malo, cuando el P. Pío entraba en su cuarto.

- Bueno, espero llegar a serlo a pesar de ti, replicó el Padre.

He aquí como el mismo P. Pío describe uno de los asaltos del maligno en una carta a su director espiritual:

«Estaba ya avanzada la noche, y ellos empezaron su asalto con un ruido endiablado. Aunque yo no veía nada al principio, entendí de dónde provenía aquel extraño alboroto. Sin embargo, en lugar de espantarme, me preparé a la batalla riéndome de todos ellos.

Entonces ellos se presentaron bajo las más abominables formas y para hacerme caer, empezaron a tratarme con delicadeza; pero, gracias a Dios, les respondí tratándolos como se merecen. Viendo que todos sus esfuerzos se desvanecían, se me echaron encima, me tiraron al suelo y me dieron una fuerte paliza. Arrojaron al aire la almohada y los libros, gritando desesperadamente y diciendo palabras sucias».

Todo esto sucedía por la rabia que Satanás le tenía al P. Pío, a causa de las almas que le arrebatava.

Una de aquellas almas fue la de su antiguo maestro, el ex-sacerdote Domingo Tizzani. En el pueblo todos le sacaban la vuelta y cuando estuvo gravemente enfermo y estaba para morir, nadie se atrevió a acercársele. La hija de Tizzani, desesperada por la suerte de su padre, consiguió hacer llegar la noticia al P. Pío, el cual fue enseguida a visitar a su antiguo profesor. Conversó con el pobre enfermo, lo confesó y los dos lloraron lágrimas vivas: de arrepentimiento uno y de alegría el otro.

Naturalmente, la vida del P. Pío fuera del convento estaba en contraste con la regla franciscana, y algunos cohermanos se quejaron de esto.

Fue entonces cuando el superior general de la Orden pidió a la Sagrada Congregación de los Religiosos la exclaustación del P. Pío, lo que significa salida de la Orden. Fue un golpe durísimo para el P. Pío y en un éxtasis se quejó con San Francisco de Asís.

Sin embargo la Congregación de los Religiosos no escuchó la solicitud del superior general y concedió al P. Pío que siguiera viviendo fuera del convento hasta que se curara por completo.

"Engrandeceré Pietrelcina"

En 1916, por las oraciones de Rafaelina Cerase, un alma víctima, el P. Pío sanó y pudo volver a la comunidad de los capuchinos de la ciudad de Foggia. Se despidió de su tierra, saludó a su pueblo que nunca olvidaría.

«Yo soy de Pietrelcina- dirá más tarde a los paisanos que lo visitaban en San Giovanni Rotondo - y conozco cada piedra del pueblo. Den buen ejemplo siempre y a todos. No por casualidad el Señor nos hizo nacer en un lugar y no en otro. Todo está dirigido por la Providencia. De nosotros depende no defraudar el designio de Dios que quiere que sus hijos sean la gloria de su tierra natal».

Manifestaba visiblemente su amor al pueblo natal especialmente cuando sus paisanos iban a visitarlo. Quería saber las últimas noticias. Y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se instalaron los militares en Pietrelcina, dijo a los que estaban preocupados:

- ¡Estén tranquilos: Pietrelcina será guardada como la niña de mis ojos!

Poco tiempo después los soldados abandonaron el pueblo.

El soldado Francisco Forgione

El P. Pío se quedó en el convento de Foggia solamente cinco meses. El 28 de julio de 1916 fue por primera vez a visitar el convento de San Giovanni Rotondo que está a pocos kilómetros de la ciudad de Foggia.

En aquel entonces San Giovanni Rotondo era un pueblecito perdido en los montes del Gargano: pocas casas y pobres, sin agua, sin luz. No había calles ni medios de comunicación para llegar al convento de los capuchinos que se encontraba a dos kilómetros del pueblo. Se subía por un camino de herradura.

El P. Pío iba a San Giovanni Rotondo por poco tiempo, sólo para tomar un poco de aire de montaña en aquel julio tan caluroso. Pero el hombre propone y Dios dispone. Y Dios dispuso que aquella visita temporal durara 52 años, hasta la muerte del P. Pío.

El único paréntesis, poco simpático, pero igualmente providencial, fueron los cien días de servicio militar que tuvo que hacer en Nápoles.

En 1915 Italia entró en guerra contra los austrohúngaros. También los clérigos y sacerdotes fueron llamados a las armas, aunque eran destinados preferentemente a los servicios de la enfermería o como capellanes militares.

También el P. Pío tuvo que presentarse en Nápoles el 18 de diciembre de 1916 para ser asignado a la décima compañía sanitaria. Sin embargo después de unos días, cayó enfermo y fue trasladado al hospital militar. La elevada temperatura hacía estallar los termómetros normales y fue necesario usar termómetros especiales que daban hasta 48 grados. Le dieron entonces una licencia de convalecencia, "en espera de órdenes".

Después de un tiempo las órdenes llegaron a San Giovanni Rotondo, pero el cartero, ignorando que el soldado Francisco Forgione fuera el P. Pío, devolvió la hoja de llamada por no encontrarse dicho militar.

Siguieron las pesquisas en el pueblo natal. Después de largas investigaciones sin resultado, una mañana los carabinieri encontraron por casualidad una señora, y le preguntaron:

- Señora, ¿conoce usted a un militar de Pietrelcina que se llama Francisco Forgione?

- ¡Cómo no!, si es mi hermano, el P. Pío. Está en el convento de los capuchinos de San Giovanni Rotondo.

El P. Pío recibió inmediatamente la orden de volver a su cuartel de Nápoles. El capitán le dijo que había incurrido en la gravísima culpa de desertión, pero el P. Pío presentó tranquilamente el papel en donde se decía: «En espera de órdenes», y le dijo al capitán:

- La orden de regresar a Nápoles me llegó ayer y aquí estoy.

El asunto fue archivado. Pero la salud del P. Pío seguía débil. Fue nuevamente hospitalizado y declarado inepto para el servicio militar por tener tuberculosis pulmonar. Y volvió al servicio al cual Dios lo llamaba.

Mi general, ¡no haga esta locura!

Los «cien días» de cuartel del P. Pío fueron un verdadero calvario. «Dios quiere que siga la misma suerte de tantos hermanos nuestros», escribió desde Nápoles a su superior. Tuvo que aguantar las bromas pesadas y las blasfemias de sus compañeros, que se burlaban de sus extravagancias y lo trataban como a un chiflado.

Fue una experiencia dura, pero también providencial, ya que se empeñó todavía más en sacar almas del fango del pecado. El P. Pío no empuñó ninguna arma, excepto la de la oración y de la penitencia, ayudando así a sus hermanos que luchaban en el frente de la guerra. Sin embargo, aunque no fue al frente y no empuñó ninguna arma, sí fue al cuartel general de las fuerzas armadas italianas por medio de esa manera misteriosa que llamamos bilocación.

El año de 1917 fue desastroso para las tropas italianas, derrotadas por los austrohúngaros en Caporetto. El generalísimo Luis Cadorna, sin culpa, tuvo que pagar la derrota y, víctima de las intrigas políticas, fue depuesto del alto mando. No aguantó la humillación y pensó en suicidarse.

Una noche, mientras el general estaba en el cuartel de Treviso, dio órdenes severas de no dejar pasar a nadie; despidió a su lugarteniente y se quedó solo pensando en acabar con su vida. Pero de improviso, entró un fraile que, parándose delante de él y mirándolo fijamente, le dijo:

- No, mi general, usted no puede cometer esta locura.

Sorprendido, el general guardó la pistola y salió afuera para reprender a los centinelas por no haber acatado sus órdenes. Pero ellos juraron y juraron que no habían permitido pasar a nadie. El general regresó y ya no encontró al fraile. Asombrado, reflexionó y se preguntó si en verdad no sería una cobardía lo que él pensaba hacer y por fin cambió de idea.

Terminada la guerra el general Cadorna se presentó un día a San Giovanni Rotondo y solicitó al superior que le permitiera ver al P. Pío. El padre guardián asintió, con tal que se quedara en un rincón del pasillo por donde el Padre iba a pasar.

El general lo vio venir y lo miró fijamente. Sin duda era aquel mismo personaje misterioso que se le había presentado aquella noche en el cuartel de Treviso. Al pasar de cerca, el P. Pío levantó la cabeza, sonrió al general y levantando el dedo como entonces, le dijo:

- ¡Le fue bien, mi general!

Y sin detenerse, continuó caminando hacia la iglesia.

Formador de seminaristas

El P. Pío, antes de empezar su gran labor de confesor con la gente de fuera, trabajó como director espiritual de los muchachos que formaban el pequeño seminario seráfico de los capuchinos de San Giovanni Rotondo.

Confesiones, meditaciones y coloquios espirituales con este grupo de aspirantes lo ocupaban todo el día. No ahorró penitencias en favor de sus pupilos y hasta pidió a su superior que lo dejara ofrecerse como víctima espiritual al Señor como ayuda a su pequeño rebaño.

Una vez estaban de paseo. El P. Pío iba triste y no hablaba. Los muchachos le insistían para que les contara algo. En respuesta, él estalló en llanto, diciendo:

- ¡Uno de ustedes me ha traspasado el corazón!

Los pequeños seminaristas, sorprendidos, le preguntaron como.

- Esta mañana, uno de ustedes hizo una comunión sacrílega - contestó el Padre -. Y yo mismo tuve que dársela.

Inmediatamente uno de ellos cayó de rodillas, y llorando, dijo:

- ¡He sido yo!

El P. Pío lo hizo levantarse enseguida, lo apartó de los demás y lo confesó allí mismo.

LOS SUFRIMIENTOS DEL P. PÍO

Los sufrimientos físicos

Las enfermedades sufridas por el P. Pío han sido documentadas en un memorial enviado al Vaticano por el doctor Miguel Capuano, su último médico. El doctor Capuano ejerció su profesión en San Giovanni Rotondo durante cincuenta años, cuarenta de los cuales al lado del P. Pío y poco antes de morir, firmó página por página un largo informe científico, en el que anotó con escrupulosidad una larga serie de enfermedades de P. Pío.

«El P. Pío -se lee en el informe- perdía algo como un vaso de sangre cada día. Tenía fiebres que a veces alcanzaban los 44-45 grados, que se podían medir solamente con termómetros especiales. A la bronquitis crónica, que tuvo desde niño, se habían añadido el asma y una pleuritis exudativa, enfermedad que dejaba al P. Pío sin respiro a causa de las terribles punzadas en el costado. Sufría también de pulmonía y bronco pulmonía dos veces al año, en las estaciones intermedias, le llegaba la úlcera péptica, con espasmos, vómito y ayuno forzoso. Luego llegaban los cólicos de los cálculos renales, que lo hacían gritar durante horas al punto de invocar la muerte. No faltaban las enfermedades, por así decirlo, ligeras, como el artritis, el artrosis, la descalcificación de los huesos de toda la columna, la rinitis hipertrófica la faringitis y la laringitis purulenta, el otitis y la sinusitis, y las fuertes migrañas.

Además, el P. Pío no veía bien, al punto que no podía releer sus propios escritos y, en los últimos años de su vida, fue afligido por un epiteloma en el oído izquierdo que no le permitía dormir de aquel lado. Tenía un quiste en la parte derecha del cuello, tanto de impedirle de girar la cabeza, y luego aquella hernia en la ingle derecha que, en 1925, lo llevó a la operación, que le fue practicada sin anestesia, porque el P. Pío tenía temor que, bajo los efectos de los fármacos, los médicos aprovecharán para escudriñar sus llagas que llevaba rigurosamente cubiertas».

Sufrimientos morales

Además de los sufrimientos físicos que flagelaban su cuerpo, debemos recordar los sufrimientos morales que atormentaban su alma en un continuo martirio que duró durante toda su vida. El ambiente externo le causaba polémicas, contestaciones, acusas, manifestaciones desordenadas de sus fieles devotos, visitas médicas impuestas por las autoridades eclesiásticas y por la Orden.

El 2 de junio de 1922 la Suprema Congregación del Santo Oficio, con carta autógrafa del Cardenal Merry del Val, emanaba una serie de disposiciones de las cuales, la más dolorosa era la que lo privaba de su director espiritual, el Padre Benedetto de San Marco in Lamis, con el cual el P. Pío debía interrumpir "toda comunicación, incluso epistolar". El golpe fue duro para el P. Pío que consideraba al Padre Benedetto como el "verdadero maestro en los senderos del espíritu y su valioso director". Los dos Padres no se volvieron a encontrar nunca más en la vida.

El año siguiente, el 22 de marzo de 1923, le llegaron otras severas prohibiciones y restricciones por parte de las Autoridades superiores de las Congregaciones Romanas.

El 17 de junio de 1923 más órdenes y amenazas:

«Que el Padre Pío no celebre más la misa en público sino sólo, en la capilla interna y que ningún extraño participe en ella, que no se responda más ni por el mismo ni por medio de otros a las cartas dirigidas al P. Pío».

El Provincial de los capuchinos de Foggia y el Alcalde de San Giovanni Rotondo no consiguieron mantener la calma entre la población. El 25 de junio una muchedumbre de pueblo, de unas tres mil personas, se volcó en la explanada del convento, gritando y amenazando violentas represalias. Temerosas, las Autoridades suspendieron la orden y al día siguiente el P. Pío, por obediencia, volvió a celebrar la misa en la iglesia durante unos días. ¿Qué estaba pasando entre el Santo Oficio y el P. Pío? ¿Por qué estas persecuciones por parte de los mismos representantes de la Iglesia?

En 1922 acababa de subir al Trono Pontificio el Papa Aquiles Ratti con el nombre de Pío XI. Fue bajo el pontificado de este ilustre y sabio Pontífice que el P. Pío soportó graves pruebas. En aquel entonces era una gran celebridad en materia de psicología experimental, el Padre Agustín Gemelli, doctor en medicina, franciscano, fundador de la Universidad Católica de Milán y gran amigo de Pío XI.

El Padre Gemelli fue a visitar al P. Pío, pero como no tenía permiso escrito para examinar las llagas del P. Pío, éste se rehusó de mostrárselas. El Padre Gemelli se fue de San Giovanni Rotondo con la idea que los estigmas eran de naturaleza neurótica. Hizo público su pensamiento en un artículo publicado en la revista "Vida y Pensamiento" y el Santo Oficio se valió de la opinión de este gran psicólogo para publicar el siguiente decreto:

«La Suprema Congregación del Santo Oficio, encargada de la defensa de la fe y de las buenas costumbres, después de una investigación llevada a cabo sobre los hechos atribuidos al P. Pío de Pietrelcina de San Giovanni Rotondo, declara que no consta que sean sobrenaturales los hechos y exhorta a los fieles a conformar su actitud a la presente declaración».

El P. Pío se ofrece víctima por la Iglesia

Los devotos del P. Pío no esperaron más y no se desanimaron en la defensa del Siervo de Dios. Apareció en aquellos años el libro de Alberto del Fante, titulado "El P. Pío de

Pietrelcina, Heraldo del Señor", que con hechos milagrosos en la mano y testimonios de devotos, exaltaba al P. Pío como un verdadero santo y hombre de Dios.

En aquel tiempo estaba prohibido, sin especial nihil obstat de la censura eclesiástica, escribir, publicar y leer libros que trataran de apariciones, milagros, fenómenos místicos. La prohibición fue quitada más tarde, en 1966, por el Papa Pablo VI.

El Santo Oficio condenó en seguida el libro de Del Fante y lo puso en el "Índice de los libros prohibidos". Tal vez el Santo Oficio intervino esa vez con el P. Pío por este motivo. Pero hay otra explicación de la segregación del P. Pío. Debemos hacer referencia a los acontecimientos históricos de aquellos años.

Después del "Concordato" (1929) entre el Vaticano y el Estado italiano, hubo un periodo de relativa paz pero que se rompió dos años después por las tensiones provocadas por las organizaciones fascistas contra la Acción Católica que Pío XI consideraba como la niña de sus ojos.

El Papa no se dobló frente las vejaciones fascistas y, el 5 de junio de 1931, intervino enérgicamente con una encíclica contra la ideología fascista, que consideraba como "estatalatría pagana". Las fuertes palabras del Papa hubieran podido desencadenar una guerra civil. En el convento de San Giovanni Rotondo, el mismo P. Pío comentó la encíclica papal y se refirió a los malos propósitos de Mussolini; pero dijo que, a pesar del peligro en que se encontraba Pío XI, el Papa estaba a salvo, "porque algunas personas se habían ofrecido como víctimas por la Santa Iglesia". No dijo más, pero todos entendieron de que una de esas almas víctimas era precisamente el P. Pío.

La crisis persecutoria duró prácticamente un decenio, de 1923 a 1933, cuando el Papa Pío XI se dio cuenta de la inocencia del P. Pío y le concedió volver a ejercer en público su ministerio sacerdotal.

El P. Pío tuvo que sufrir moralmente también en la construcción de la "Casa Alivio del sufrimiento". Alrededor del P. Pío se movieron intereses colosales porque le llegaba una riada de dinero de todo el mundo. Con aquel dinero se construyó el famoso hospital para ayuda de los enfermos. Pero mientras el P. Pío estaba encerrado en su celda por orden de Roma, graves escándalos económicos surgieron en la administración que lo hicieron sufrir mucho.

La persecución siguió casi hasta su muerte; le pusieron micrófonos en el confesionario y fue acusado de escándalos sexuales.

Ataques del maligno

A los sufrimientos físicos, morales y psicológicos hay que añadir- las pruebas interiores del espíritu, las violentas y asiduas tentaciones contra la fe, la esperanza y la pureza, en modo especial los sustos, los golpes y las persecuciones del espíritu maligno, que revestido de diversas formas y acompañado de sus compinches, se le presentaba en su celda para apalearlo. A veces, cuando el P. Pío entraba en su cuartito, lo encontraba todo revuelto: la cama deshecha, los libros en desorden, roto el tintero.

Cuando el P. Pío era formador de los seminaristas, una noche, uno de los muchachos se despertó por las risotadas groseras y el ruido de hierros que provenían de la cama del P. Pío, mientras al mismo tiempo oía al P. Pío gimiendo con la invocación «¡Madre mía!». Al día siguiente los muchachos observaron que los hierros de la cama del Padre estaban torcidos y el P. Pío con un ojo hinchado.

La noticia sorprendió a sus muchachos que preguntaron curiosos:

- ¿Qué le pasó anoche, Padre?

- Ustedes quieren saber porqué el demonio me dio una solemne paliza. Se los voy a decir enseguida: quise defender a uno de ustedes de sus garras. Fulano (y dijo el nombre) estaba en una fuerte tentación, y mientras invocaba a la Virgen, pidió con el pensamiento también mi ayuda. Enseguida fui en su ayuda, y, auxiliados por el rosario ganamos. Su compañero, libre ya de la tentación, se durmió plácidamente, mientras yo tuve que sostener la lucha y recibí la paliza, pero gané la batalla.

Una noche de verano el P. Pío oyó unos pasos que cruzaban la celda de lado a lado. Pensó que Fray Anastasio se paseaba rezando el último rosario. Se levantó y fue a la ventana. Un enorme perro negro, con los ojos como brasas, lo estaba mirando. El susto fue tal que el pobre P. Pío se dejó caer sobre la cama, medio desmayado.

Otra vez llamaron a su celda.

- Buenos días, P. Pío, qué gusto me da de verte - dijo su padre espiritual que venía de otro convento. Vengo para decirte que tienes que irte a tu casa, porque no tienes vocación para fraile.

- Pero, Padre, es la primera vez que usted me habla de esta manera. Hasta ahora siempre me animó a seguir adelante.

- Mira, hijo mío, la falta de salud es la prueba más clara que Dios no te llama a la vida religiosa.

- Bueno, Padre, -cortó diciendo el P. Pío que ya empezaba a sospechar la verdadera identidad de su director espiritual- vamos a hacer una cosa. Gritemos juntos: ¡Viva Jesús! Satanás, que además de ángel de luz, sabe también disfrazarse de fraile, se desvaneció entonces dejando un fuerte olor a azufre.

LAS SEÑALES DEL SEÑOR

El más grande estigmatizado de nuestro siglo

Lo que hecho famoso al P. Pío en todo el mundo es el fenómeno de los estigmas, es decir, las cinco llagas de Cristo crucificado que llevó en su cuerpo visiblemente durante 50 años. Ya hemos dicho algo sobre el inicio de este fenómeno.

Fue en Pietrelcina, en su primer año de ministerio, que el P. Pío tuvo los primeros misteriosos síntomas de los estigmas. En una carta a su director espiritual los describe así: «En medio de las manos apareció una mancha roja, tan grande casi como un centavo, acompañada de un dolor agudo. También debajo de los pies siento dolor».

Una vez entró en su casa sacudiendo las manos como si le quemaran. Su madre le preguntó:

- P. Pío, ¿estás tocando la guitarra?

El hijo se calló y la madre no supo por el momento el misterio de aquellas manos.

Más tarde, cuando ya el hijo estaba en San Giovanni Rotondo, la madre quería besarle las manos, pero no lo pudo nunca. El Padre daba esta razón: «No son las madres las que tienen que besar la mano de los hijos, sino los hijos los que deben besar la mano de sus madres».

He aquí cómo el mismo P. Pío, por obediencia, describe el fenómeno de sus estigmas.

«Era la mañana del 20 de septiembre de 1918. Yo estaba en el coro haciendo la acción de gracias de la misa y sentí poco a poco que me elevaba a una oración siempre más suave. De pronto una gran luz me deslumbró y se me apareció Cristo que sangraba de todas partes y de

su cuerpo llagado salían rayos de luz que más bien parecían flechas que me herían las manos, los pies y el costado.

Cuando volví en mí, me encontré en el suelo y llagado. Las manos, los pies y el costado me sangraban y me dolían hasta hacerme perder todas las fuerzas para levantarme. Me sentía morir y hubiera muerto si el Señor no hubiera venido a sostenerme el corazón que sentía palpar fuertemente en el pecho.

A gatas me arrastré desde el coro hasta la celda, atravesando el largo corredor. Me recosté y recé; miré otra vez mis llagas y lloré, elevando himnos de agradecimiento a Dios».

Los estigmas del P. Pío eran heridas profundas en el centro de las manos y de los pies, y en costado izquierdo. Tenía manos y pies literalmente traspasados y le salía sangre viva de ambos lados. Por esto que el P. Pío fue definido "el hombre que ha donado más sangre", y el Profesor Enrique Medi, en el discurso pronunciado en sus funerales dijo: "Me parece que no hubo ningún santo, en la historia de la Iglesia, al cual Cristo haya pedido tanta sangre como al P. Pío".

El P. Prieto, que fue más tarde su provincial, cuenta:

«Un día entré en su celda y rogué al P. Pío que colocara las manos abiertas sobre un periódico que había encima de la mesa. Al quitarse los guantes se les pegaron las costras de las heridas y vi perfectamente bien el agujero que atravesaba sus manos de lado a lado. Es más, pude leer las letras del periódico a través de la llaga, y esto lo atestiguaría bajo juramento».

El provincial de los capuchinos de Foggia invitó al profesor Luis Romanelli, médico y director del hospital de Barletta, para que estudiara el caso y diera su parecer. El doctor Romanelli no tuvo la menor duda del carácter sobrenatural del fenómeno.

El superior general de los capuchinos de Roma envió luego al doctor Bignami, profesor de patología general de la Universidad de Roma. Su visita fue un tanto rápida y superficial y el 26 de julio de 1919 dictó:

"El estado fisiológico del enfermo es normal. Las heridas que muestra en el tórax, manos y pies, han podido empezar por necrosis neurótica múltiple de la piel y han podido completarse por un inconsciente fenómeno de sugestión..."

Era el veredicto de un materialista ateo, incapaz de reconocer su ignorancia y que tampoco quería admitir la posibilidad del origen sobrenatural de estos fenómenos.

"Lloro porque nuestro hijo lleva las llagas del Señor"

Poco después, la misma curia generalicia de los capuchinos de Roma envió a San Giovanni Rotondo a un tercer especialista de Roma, el profesor Jorge Festa. Sus exámenes fueron largos y minuciosos y las conclusiones fueron que las llagas del P. Pío «tienen un origen que nuestros conocimientos científicos están muy lejos de poder explicar. La razón de su existencia está más allá de la ciencia humana».

La nueva de que el P. Pío tenía los estigmas se extendió como un relámpago. Muy pronto miles de personas acudieron para ver al P. Pío, besarle las manos, confesarse con él y asistir a sus misas.

Su padre, Horacio, lo supo cuando una tarde volvía del campo y encontró a su mujer llorando.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó.

- Nada. Lloro de gozo.

- ¿Por qué?

- Porque nuestro hijo es un santo. Lleva las llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Y lloraron juntos.

Años más tarde, cuando papá Horacio vivía sus últimos años en San Giovanni Rotondo, asistido por María Pyle, hija espiritual del Padre Pío, un día fue a ver a su hijo en la sacristía donde recibía. Como los demás quiso besarle las manos sin guantes, pero el P. Pío no le dejó:

-¿Cómo vas a besar mis manos? Un padre no besa las manos de su hijo, sino que es el hijo quien tiene que besar las del padre.

La respuesta no se hizo esperar:

-Pero yo no beso tus manos, hijo mío; beso las llagas de mi Señor.

El hijo estigmatizado, con lágrimas en los ojos, abrazó a su padre con gran afecto.

Naturaleza de los estigmas

La palabra estigma viene del griego y significa marca o señal en el cuerpo, y era el resultado del sello de un hierro candente con el cual se marcaba a los esclavos.

En sentido médico, estigma quiere decir una mancha enrojecida sobre la piel que es causada porque la sangre sale de los vasos por una fuerte influencia nerviosa, pero que nunca llega a perforarse.

En cambio los estigmas que han tenido los místicos son lesiones reales de la piel y de los tejidos, llagas verdaderas como las han descrito los doctores Romanelli y Festa.

El P. Pío en 1915 tuvo los estigmas invisibles que se manifestaban como agudos dolores en las manos, pies y costado, pero sin heridas visibles. En cambio, desde el 20 de septiembre de 1918, los estigmas se hicieron visibles, y no hay duda alguna de que fueran verdaderos, es decir, llagas semejantes a las producidas por los clavos en el cuerpo de Cristo.

Después de las minuciosas investigaciones de los tres célebres profesores Romanelli, Bignami y Festa, la Santa Sede quiso intervenir directamente a través de la Congregación del Santo Oficio.

Extraños perfumes

Un día el doctor Romanelli, acercándose al P. Pío, percibió un intenso perfume y quedó casi escandalizado: ¡Un fraile, en olor de santidad, que se perfuma! Al otro día no percibió nada. Sin embargo el día en que se despidió del P. Pío notó otra vez una oleada de esta fragancia que lo siguió algunos momentos después de salir de la celda del Padre.

También el doctor Festa lo percibió. El se llevó un lienzo con sangre del P. Pío para examinarlo con el microscopio en sus estudios de Roma. En el autobús, los viajeros percibieron este perfume sin saber de donde venía. Una vez en Roma, también su laboratorio, donde guardó el lienzo, se impregnó del mismo olor.

De por sí, el olor de la sangre no es nada agradable, y mucho menos cuando empieza a descomponerse. Este aroma es un signo evidente del origen sobrenatural de los estigmas.

El doctor Festa sigue precisando: «Era un perfume agradable, casi una mezcla de rosas y violeta. Yo diría que más que de la persona, el perfume venía de la sangre del P. Pío».

¿Qué significado tiene el perfume del P. Pío? Es un signo de la presencia, de la protección, como un premio del P. Pío. El perfume era como una voz, una llamada del P. Pío que pensaba en alguien, rogaba por él, que se interesaba en sus problemas.

Alberto del Fante, célebre convertido y discípulo del P. Pío, cuenta este ejemplo:

"La tarde del 28 de febrero de 1931, después de haber vuelto de una visita a mis padres, resolví trabajar la noche del sábado. Me puse a escribir a máquina sobre la vida del P. Pío, cuando noté inmediatamente un suave perfume. Era como un llamado del P. Pío al cual yo había prometido no comenzar nunca un trabajo sin pedir la bendición de Dios. Esta vez se me había olvidado. Llamé entonces a mi esposa y a mis hijos que iban a acostarse y les pregunté si notaban algo anormal. Respondieron luego que sentían un suave olor a incienso».

LA MISA DEL PADRE PÍO

El P. Pío se levantaba todas las mañanas a las tres y media y rezaba el oficio de lecturas. A las cinco bajaba a la sacristía para revestirse de los ornamentos y celebrar la misa que duraba entre hora y hora y media.

«La misa, -dijo el P. Pío una vez a un hijo espiritual- es Cristo en la cruz, con María y Juan a los pies de la misma y los ángeles en adoración. Lloremos de amor y adoración en esta contemplación».

Los miles y miles de peregrinos que asistieron a sus misas, quedaron para siempre impresionados de sus celebraciones.

«He asistido a muchas misas del P. Pío - escribió María Winowska - pero ninguna era igual a otra. Aunque era cierto que el P. Pío era rigurosamente fiel a las normas litúrgicas y sus gestos eran de una sobriedad maravillosa, se notaba que no actuaba solo. Presencias invisibles lo envolvían.

Un viernes lo vi jadeante como un luchador, tratando en vano, con bruscos movimientos de la cabeza, de alejar un obstáculo que le impedía pronunciar las palabras de la consagración. Otras veces, desde el «Santo» en adelante, gruesas gotas de sudor le caían de la frente y le inundaban el rostro por los sollozos».

La atención de los presentes estaba muy fija especialmente cuando el Padre levantaba la sagrada Hostia y el cáliz, porque todo el mundo podía mirar sus manos perforadas. Con frecuencia pequeños hilos de sangre le corrían a lo largo de los dedos, mientras una sonrisa afloraba en sus labios y su mirada se posaba con gran ternura sobre la hostia consagrada. El que hubiera tenido dudas sobre la presencia real de Jesús en la hostia consagrada, no la seguiría teniendo después de haber asistido a la misa del P. Pío.

Un sacerdote nos revela:

«Cuando me confesé con el P. Pío, él no levantó ningún velo misterioso de mi alma. Para mí fue un buen confesor, diría como otros tantos. Sin embargo, una cosa me impactó. Por muchos días escuché su misa junto al lado del altar y no perdí ni un gesto. Yo había celebrado miles de misas, pero en aquellos momentos me sentía sólo un pobre sacerdote, porque el P. Pío hablaba realmente con Dios en cada instante de la misa, podría decir que luchaba con Dios, como Jacob».

Se explican entonces las palabras que el P. Pío le escribió al P. Benito su cohermano:

«Tengo tal hambre y sed antes de recibir a Jesús, que falta poco para que muera de la angustia. Y precisamente, porque no puedo estar sin unirme a Jesús, muchas veces, aun con fiebre, me veo obligado a ir a alimentarme de su cuerpo».

El sacerdote

El escritor Graham Green dijo que nunca podría olvidar dos Misas: la que había visto celebrar en San Giovanni Rotondo por el P. Pío, y la celebrada por el Vicario de Cristo bajo la cúpula de San Pedro.

Gentes de todas las partes del mundo acudían a San Giovanni Rotondo para participar en aquella misa. Impulsados por la fuerza irresistible del Espíritu Santo, después de esperar impacientes toda la noche en la explanada de la iglesia, los peregrinos, al abrirse las puertas del templo, irrumpían tumultuosamente en la casa de Dios y se apiñaban en torno al altar para ver de cerca al estigmatizado P. Pío celebrar la santa misa.

Cristo crucificado se hacía presente visiblemente en la persona de su ministro: su pasión y muerte se reflejaba durante la celebración del sacrificio del Calvario, celebrada por su sacerdote que en aquel momento le prestaba voz, manos y corazón.

El P. Pío, llevando continuamente en su cuerpo los padecimientos de Jesús, vivía en su carne una vida que era signo visible de la vida que vivía en la fe; ya no era él que vivía, era el Señor quien vivía con él de forma tan completa que estaba físicamente clavado con Cristo en la Cruz.

Cuando celebraba la misa, el aspecto exterior de este Siervo de Dios impresionaba, arrebatava y conmovía profundamente. La misa del P. Pío ha sido siempre un misterio.

La víctima

El P. Pío, al mismo tiempo de ser sacerdote en la celebración de la misa, era también víctima con Cristo. La "Imitación de Cristo" dice que toda la vida de Cristo fue cruz y martirio, desde cuando vino al mundo hasta el Calvario.

A imitación de Cristo, también el P. Pío vivía en absoluto y total estado de víctima. Un confidente un día le preguntó:

- Padre, ¿cuándo sufre?
- Siempre, hijo mío. Desde el seno de mi madre.
- ¿Sufrir mucho, Padre?
- Todo lo que puede sufrir quien carga con la humanidad entera.

El estigmatizado de San Giovanni Rotondo es para Jesús una "Humanidad suplementaria", en la que Cristo puede seguir sufriendo para gloria del Padre y las necesidades de la Iglesia.

La señorita Cleonice Morcaldi, unos días antes que el P. Pío muriera, le preguntó:

- ¿Cómo se siente, Padre?
- ¡Mal, mal, mal! - le respondió.
- ¿Qué sufre?- volvió a preguntarle la hija espiritual.
- ¡Todo, todo, todo!
- ¿Al fin está usted saciado de tanto sufrimiento?
- ¡Todavía no!
- Pero, ¿qué es para usted este bendito sufrimiento?
- ¡Es el pan de cada día, es mi delicia!
- Pero, Padre, la culpa es de usted, porque tuvo la imprudencia de ofrecerse víctima no sólo por la Iglesia y por Italia, sino por todo el mundo.
- Bueno, era también necesario encontrar a un tonto como yo que aceptara.

Así, con una broma, este hombre de Dios, intentaba ocultar el drama de sus heroicos sufrimientos.

Preparación a la santa Misa

Los peregrinos que se apiñaban alrededor del altar del P. Pío no conocían los pormenores de su preparación al santo Sacrificio de la misa.

El P. Pío pasaba las horas silenciosas de la noche disponiéndose a la Pasión de Jesús que iba a repetir en la misa la mañana siguiente. Le preguntaron:

- Padre, cuando por la noche se retira a la celda después de las oraciones, ¿qué hace?
- Sigo rezando y sufriendo.
- Usted, duerme poco, ¿qué hace durante la noche?
- La voluntad de Dios

Y la voluntad de Dios era que reviviera paso a paso la agonía de Jesús en el Huerto del Getsemaní, el proceso ante Pilato, el camino al Calvario y el sacrificio de la cruz. El P. Pío, empezaba la pasión del Señor desde el huerto de los olivos.

- Padre, ¿agoniza usted como Jesús en el huerto?
- Sí, por cierto.
- ¿También a usted viene a consolarlo el ángel, lo mismo que a Jesús?
- Si.
- ¿Qué fiat pronuncia usted?
- El de sufrir, sufrir siempre por mis hermanos de destierro y por el reino de Dios.

Una camisa usada de noche por el P. Pío está empapada de sangre, prueba de la durísima flagelación que de noche sufría el Padre. Le preguntaron:

- Padre, durante la flagelación nocturna, ¿está usted solo o lo asiste alguien?
- Me asiste la Santísima Virgen; todo el paraíso está presente.

Existe también una venda usada por el P. Pío, para enjugar la sangre que le brotaba de la cabeza. Está llena de surcos de la sangre de la corona de espinas. Le preguntaron:

- Con la coronación de espinas, ¿qué pecados expió Jesús?
- Todos. Especialmente los que se cometen con el pensamiento, sin excluir los pensamientos vanos e inútiles.
- Padre, ¿tiene usted las espinas en la frente o alrededor de la cabeza.
- Todo alrededor de la cabeza.
- Padre, ¿cuántas espinas forman su corona? ¿Treinta?
- ¡Ya lo creo!
- Padre, ¿es cierto que durante la misa usted sufre el suplicio de la coronación de espinas?
- ¿Lo pones en duda? La diadema no se deja nunca.

Como en el proceso civil de Cristo, tampoco podía faltar en torno al P. Pío una muchedumbre alborotada gritando el "Crucifícalo". Le preguntaron:

- Padre, usted dijo también: "Y gritarán ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" ¿Quiénes gritarán?
- Los hijos de los hombres, y precisamente los que han recibido favores.

Con el rosario en la mano, apoyado siempre en el brazo de un hermano, el P. Pío, por fin en la madrugada, entraba en la sacristía para revestirse con los sagrados ornamentos y dirigirse al altar. Era éste su camino al Calvario.

- Padre, ¿sufre también usted lo que sufrió Jesús en el camino del Calvario?
- Lo sufro, sí, pero falta mucho para llegar a lo que sufrió el Divino Maestro.

La celebración de la santa Misa

Si tal era de dolorosa la preparación a la misa, ¿qué habrá sido la celebración? Empezaba las palabras "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" con un nudo en la garganta intentando reprimir un llanto que no lograba refrenar del todo.

Acompañaba el "Por mi culpa" del "Yo confieso" con golpes de pecho, sordos y acompasados, para confesar ante la comunidad de los hermanos que era el mayor pecador del mundo. Durante las lecturas era fácil verlo llorar.

- ¿Por qué llora, Padre, al leer el Evangelio de la misa?
- ¿Te parece poco que Dios converse con sus creaturas? ¿Y que éstas no lo escuchen? ¿Y que no dejen de herirlo con su ingratitud y su incredulidad?
- Y, ¿por qué llora en el ofertorio?
- ¿Quieres arrancarme el secreto? Pues bien, es el momento en que el alma queda separada de todo lo profano.

Sin embargo, esta separación de lo profano no significaba para el P. Pío desinterés por las personas que estaban a su alrededor, todo lo contrario, porque este desapego total le daba al P. Pío la posibilidad sobrehumana de sentir, una a una, a todas las almas que rodeaban su altar.

El momento más intenso de dolor que el P. Pío sufría era desde la consagración a la comunión. Le preguntaron:

- Padre, ¿por qué sufre tanto durante la consagración?
- ¿Me preguntas por qué sufro? Quisiera derramar no lágrimas, sino torrentes de lágrimas. ¿No te das cuenta del tremendo misterio? ¡Dios, víctima de nuestros pecados!... Y nosotros somos sus verdugos.

Con frecuencia el P. Pío, durante la misa sufría la amargura de la hiel.

- Padre, ¿cómo se sostiene de pie en el altar?
- Como se sostenía Jesús en la cruz.
- ¿Quiere decir usted, que en el altar está colgado de la cruz como Jesús en el Calvario?
- ¿Y me lo preguntas?
- ¿Cómo usted puede sostenerse?
- Te repito, como se sostenía Jesús en el Calvario.

Acerca de la crucifixión le preguntaron:

- Los verdugos, para remachar los clavos, ¿dieron vuelta a la cruz?
- Naturalmente.
- ¿También a usted le remachan los clavos?
- ¡Ya lo creo!

El P. Pío, clavado en la cruz como su Maestro, durante la misa, pronunciaba las mismas palabras de Jesús. Le gustaba dirigirse a la Virgen con las palabras de Jesús en la cruz: Aquí tienes a los hijos de tu Hijo.

- ¿Qué hacía la Virgen a los pies de Jesús crucificado?
- Sufría viendo sufrir a su Hijo. Ofrecía al Padre celestial sus penas y los dolores de Jesús por nuestra salvación.

El P. Pío sufría el abandono del Padre y la sed hasta la comunión, momento culminante de la misa. Inclinado sobre el altar, apretando el cáliz entre las manos y con el Señor en su corazón, completamente enajenado, permanecía largos minutos con Jesús, sin escatimar tiempo.

La Comunión

Para el P. Pío la comunión es toda una misericordia interior y exterior de Dios, un abrazo total de Jesús.

- Padre, ¿dónde lo besa Jesús?
- Me besa todo entero.
- ¿Qué hace Jesús en la comunión?
- Se deleita con su creatura. La comunión es como una fusión, como dos cirios que se funden juntos y ya no se pueden distinguir.
- Padre, ¿por qué llora al hacer la comunión?
- Si la Iglesia, al hablar de la Encarnación, exclama: "Tú no desdeñaste el seno de la Virgen", ¿qué decir de nosotros, miserables!
- ¿Sufre también durante la comunión?
- Es el punto culminante.
- Y después de la comunión, ¿sus sufrimientos continúan?
- Sí, pero son sufrimientos de amor.
- Padre, ¿dónde dirigió su última mirada Jesús agonizante?
- Hacia su Madre.
- Y usted, ¿dónde la dirige?
- Hacia mis hermanos.
- Padre, usted dijo que en la comunión la víctima muere. ¿Lo depositan a usted en los brazos de la Virgen, como Jesús?
- No, en los de san Francisco.

Así era la misa del P. Pío. A ella asistían no solamente las personas que estaban alrededor del altar sino todo un mundo celestial.

- Padre, ¿asiste a su misa la Santísima Virgen?
- ¿Crees tú que la Madre no se interesa por su Hijo?
- Los Ángeles, ¿asisten a su misa?
- ¡En legiones!
- ¿Qué hacen?
- Adoran y aman.

Terminada la misa, P. Pío, con el deseo seguía crucificado en el altar.

- Si de mí dependiera, nunca bajaría del altar.
- Cuando vayas a misa - concluye diciéndonos el P. Pío - concéntrate al máximo en el tremendo misterio que se está celebrando en tu presencia: la redención de tu alma y la reconciliación con Dios. Asistan a la misa como asistieron la Santísima Virgen, las piadosas mujeres y san Juan.

La Misa por las almas del purgatorio

En 1919 se encontraba el P. Pío en la hospedería, hablando con el P. Paulino, cuando éste decidió ir a la iglesia a rezar el rosario. El P. Pío quedó solo en la hospedería. Al regresar el P. Paulino lo encontró excitado y turbado. El nerviosismo era tan grande y la palidez de su rostro tan intensa, que el P. Paulino, en aquella época guardián del convento, le preguntó qué le pasaba. El buen fraile hizo lo posible por eludir la conversación. Pero el P. Paulino se percató de que algo serio le había ocurrido al P. Pío y al amparo de la santa obediencia le exigió le contara la verdad. El P. Pío entonces, con visibles muestras de vergüenza, le dijo que al quedar solo en la hospedería se le había presentado un viejo con un extraño aspecto, quien le aseguró venía del otro mundo para pedirle una misa a fin de salir del purgatorio.

Para que el P. Pío no dudase de la realidad de esta aparición, dio como prueba su nombre, el año de su muerte y le pidió que comprobara en el Registro Civil del pueblo la verdad de cuanto decía.

El P. Paulino tomó todos los datos que le facilitó el P. Pío y fue a comprobarlo al registro del pueblo, buscando los antecedentes propios del caso. Y, en efecto, pudo constatar la fecha del fallecimiento de aquel anciano, y la forma de producirse el accidente que causó la muerte del «aparecido».

El Pan de cada día

En agosto de 1922 el Padre Rómulo Pennisi, director del pequeño seminario capuchino de San Giovanni Rotondo, rodeado de sus alumnos, tuvo este diálogo con el P. Pío:

- P. Pío, hoy veo que sufres mucho. Dime: ¿Te duelen mucho tus llagas?

- Hijo mío, cuando tú tienes una llaga, ¿te duele? Ahora piensa que yo tengo cinco, y ¡que llagas!

- Entonces, dame un poco de tu sufrimiento. El sufrimiento compartido es menor.

- Eso nunca, hijo mío. Soy celoso de mis sufrimientos. Si Dios te diera una centésima parte de lo que yo sufro, no resistirías ni siquiera un minuto. Morirías al instante.

- P. Pío, aquí están los seminaristas que quieren aligerarte un poco el peso de tu cruz. ¿Por qué no pides al Señor que distribuya un poco de tus sufrimientos en cada uno?

- No reparto con nadie mis joyas.

Así era el P. Pío. El sabía que había sido escogido por Dios como colaborador de la obra de la Redención de Cristo y que esta colaboración se realizaba a través de la cruz. Bajo un jefe coronado de espinas, él no quiso ser un miembro flojo. Y esto duró durante toda su vida.

¡No tengo ninguna gana de ir a misa!

El P. Pío dijo una vez a un hijo espiritual:

- Si los hombres conocieran el valor de la santa Misa, los gendarmes tendrían que estar siempre a las puertas de las iglesias para mantener el orden por la gran cantidad de gente que asistiría.

De aquí la exigencia del P. Pío para que los fieles cumplieran con la obligación de oír Misa los domingos y días festivos.

- ¿Cuántas veces has faltado a Misa? - le preguntó el P. Pío una vez a un penitente.

- Padre, ¿cómo puedo yo recordar cuántas? ¡Han sido muchas!

- ¿Cuántas veces has faltado, te repito, desde la última confesión?

- Pero, Padre, yo no puedo saberlo.

- Bueno, vete de aquí y vuelve conmigo cuando recuerdes cuántas veces has faltado a misa.

Y le despidió sin darle la absolución.

«Una vez - cuenta Serafina Sarro - me confesé con el P. Pío y con una cierta desenvoltura le dije:

- Padre, yo el domingo falté a misa con frecuencia. No tengo ninguna gana, y hasta me pesa ir.

- ¿Ah sí?, y yo tampoco tengo gana de darte la absolución. ¡Vete! y cerró la ventanilla.

Muchas veces me había acusado de lo mismo con otros sacerdotes, pero volvía a caer en esta omisión. Desde que el P. Pío me negó la absolución, no volví a perder nunca más la Misa dominical; no sólo eso, sino que ahora voy a Misa todos los días".

EL MARTIR DEL CONFESIONARIO

El P. Pío instrumento de la misericordia de Dios

Podemos resumir todo el ministerio sacerdotal del P. Pío entre dos polos luminosos: el altar y el confesionario. El P. Pío estaba en el altar para inmolarse con Jesús al Padre o se encontraba en el confesionario para proclamar a los hermanos la misericordia de Dios.

En el confesionario el P. Pío desempeñó su paternidad con fuerza y ternura, siendo padre por su amor fuerte y siendo madre por su ternura consoladora.

El cardenal Lercaro dijo una vez del P. Pío: «Es firme y decidido hasta llegar a ser brusco y casi intratable, y al mismo tiempo, es abierto y confortante».

El P. Pío era duro y severo especialmente con los penitentes curiosos, fingidos o hipócritas. Era inflexible con los pecados contra la vida, los pecados de la blasfemia y la trasgresión del precepto festivo. No era raro que cerrara la ventanilla del confesionario en las narices de los penitentes o les gritara:

- ¡Fuera!... ¡Fuera de aquí, desgraciado!

Le tocó un día recibir a un joven señor que estaba pensando asesinar a su esposa para abandonarse libremente a una relación ilícita. Para alejar toda sospecha llegó a acompañar a su esposa a ver al P. Pío, y se presentó en su confesionario. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Cuando llegó su turno y se arrodilló ante el Padre, se sintió empujado con fuerza por él, mientras le gritaba:

- ¡Fuera de aquí! Tienes las manos con olor de sangre, y ¿quieres también confesarte?

Aquel hombre huyó sacudido por aquella terrible tormenta. No durmió por varias noches, pero por fin, una mañana temprano volvió a la iglesia para asistir a la misa del P. Pío. Luego fue a la sacristía y lo recibió el Padre como al hijo pródigo: con ternura y alegría el P. Pío le puso su mano llagada sobre la cabeza y lo confesó.

El «enojo» del P. Pío sólo era superficial. El mismo dijo un día a un cohermano que se mostraba casi escandalizado por su forma de tratar a algunas personas:

- Hijo mío, sólo en lo exterior he asumido una forma distinta. Lo interior no se ha movido para nada. Si no lo hago así, no se convierten a Dios. Es mejor ser reprochado por un hombre en este mundo, que ser reprochado por Dios en el otro.

Las explosiones del P. Pío

El que ha conocido al P. Pío de cerca habrá presenciado a algunas de sus "manifestaciones explosivas" que eran juzgadas superficialmente nerviosismo e impaciencia.

El Padre Buenaventura de Cavallana, capuchino, asistió una vez a una de estas "explosiones" contra una persona, y cuando encontró al P. Pío en la sacristía pensó que era su deber decirle: "Padre, esta mañana Ud. se enojó mucho". Sonriendo el P. Pío, le contestó: "Sepa, Padre, que yo nunca he perdido la paciencia y nunca en mi vida me enojé".

Las "explosiones" del P. Pío eran fuertes vibraciones de su espíritu que tenían que romper ciertas barreras y sacudir ciertos corazones empedernidos. A este propósito cuenta el Padre Andrés D' Ascanio:

«Fui a visitar al P. Pío después de varios meses que él me había encargado una misión especial. Yo esperaba que él me animara con palabras de ternura. Al contrario, apenas entré a la sacristía y me vio empezó a gritar con una voz de trueno. Las pocas palabras que me dijo, nueve, por la precisión, entraron en mi corazón como bombas explosivas que provocaron en mí una especie de terremoto interior. Deseé que el piso se abriera para esconderme, tanta fue mi vergüenza frente a todos mis cohermanos que se reían.

Pocos minutos después lo alcancé en el coro donde estaba dando gracias. Me arrodillé cerca de él, en espera de una segunda oleada de palabras explosivas. En cambio, me miró con infinita ternura, como si hubiera olvidado todo, me puso una mano sobre la cabeza y me dijo: "Ahora déjame orar".

Volví a mi convento reflexionando sobre aquellas "nueve palabras".

Yo había tenido en poca cuenta una misión muy importante para la gloria de Dios que el P. Pío me había confiado hace tiempo, y entendí la razón profunda de aquella "explosión".

Debía empezar cuanto antes la fundación de la obra de la "Armada Blanca de los niños".

¡Cuánto le costaban al P. Pío las confesiones! Solía decir:

- ¡Si se supiera cuánto cuesta un alma! Las almas no se dan como regalo: se compran.

¡Ustedes no saben lo que le costaron a Jesús! Ahora y siempre hay que pagarlo con la misma moneda.

El P. Pío dijo una vez a un alma:

- ¡Hijo mío, cuánto me has hecho sufrir! ¡Cuánto me has hecho correr! ¡Cuánto me ha costado tu alma! ¡Te he comprado a precio de mi sangre!

El "Osservatore Romano", periódico oficial del Vaticano, después de la muerte del P. Pío, escribió:

"Hasta lo último, el P. Pío, sufriendo de asma y de bronquitis, extenuado por la penitencia, vivió desempeñando su ministerio; le había sido concedido celebrar la santa misa sentado; se dirigía al confesionario en silla de ruedas porque ya no se sostenía en pie, pero no quería renunciar a la misión y al deber de todo sacerdote, ministro de la gracia y de la misericordia de Dios".

Comunistas y ateos se confiesan. La fama del P. Pío aumentaba. No sólo iba a verlo gente humilde, sino también los poderosos. Llegaron los reyes de España, la reina de Portugal, la emperatriz Zita de Austria, Juana de Bulgaria, Ludovico de Borbón, el duque Eugenio de Saboya, la reina María José de Bélgica y muchos otros.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial hubo grandes conversiones. La que más impactó fue la de la profesora Italia Betti, la «pasionaria» roja de la provincia de Reggio Emilia. El día en que Bolonia, su ciudad, fue liberada por las tropas angloamericanas, ella fue a encontrarlos toda vestida de rojo, con los cabellos al aire y una bandera roja en la mano.

Más tarde, cuando los comunistas ganaron el municipio de Bolonia, se cortó el pelo como hombre y sobre su motocicleta roja empezó su actividad comunista en la ciudad y en las aldeas.

Por casualidad fue a San Giovanni Rotondo y se convirtió de un golpe. Dejó la enseñanza y el partido y se fue a vivir a San Giovanni Rotondo, dedicándose a la vida de penitencia y oración. Murió como una santa.

Otra conversión extraordinaria fue la de Carlos Campanini entonces uno de los más populares actores cómicos de Italia.

«Me convertí en 1950 -escribió el célebre actor. Pero ya hacía once años que el P. Pío me seguía con paciencia. Mi conversión empezó por una visita hecha por curiosidad a San Giovanni Rotondo. Pensaba que el P. Pío fuera un mago y esperaba sacar ventajas económicas. Fui a confesarme, pero el Padre no me dejó hablar: él ya sabía todo lo mío. Me hizo prometer que cambiaría de vida y me dio la absolución.

Al inicio muchos compañeros míos de teatro se burlaban de mí, pero otros empezaron a comprender mi cambio de vida y me pedían que los llevara al P. Pío. Así uno tras otro fueron Mario Riva, Benjamín Gigli, Aldo Fabrizi, Gino Bechi, Gino Bartali, Fausto Coppi, Ferruccio Tagliavini y muchos más.

Intenté llevar a Walter Chiari con quien trabajé durante casi veinte años. Walter cree en Dios, lo dijo públicamente. Es bueno y hace muchas obras de beneficencia. Sin embargo nunca quiso ir con el P. Pío y por una sencilla razón: "No he ido nunca a San Giovanni porque hubiera tenido que cambiar mi vida".

Vi al P. Pío la última vez, un mes antes que muriera. Estuve casi todo el día con él. Después de su muerte siempre lo sentí cercano. Un día, por una extraña coincidencia fui invitado a la misa del Papa Wojtyla en su capilla privada. Al final de la misa me encontré cara a cara con el Pontífice y le dije:

- Santidad, soy un convertido del P. Pío.

- ¡Ah, sí! -me contestó sonriendo, y empezamos a platicar del Padre. Le mostré algunas fotografías tomadas con el P. Pío. El Papa mostró mucho interés, y al final, despidiéndose me dijo:

- "Rece, rece mucho para que el P. Pío esté pronto en los altares".

Al doctor Saltamerenda, director del Instituto Bioterapéutico de Génova, que había ido a San Giovanni Rotondo con un grupo de peregrinos, más por curiosidad que por fe, el P. Pío le reconoce y le llama entre la gente. El doctor se acerca y el Padre, sin más ni más, le dice:

"¡Genovés, genovés, vives cerca del mar y no sabes lavarte!". Saltamerenda comprendió la verdad de la broma y en el acto se decidió a lavar su alma.

El mismo doctor Saltamerenda fue también quien acompañó al famoso escultor Messina al convento de San Giovanni Rotondo. El escultor Mesina hizo ante el P. Pío abjuración pública de sus pecados y proclamó haber encontrado la fe de forma tan inesperada como espectacular.

Conversión inesperada que hizo mucho ruido fue la del arquitecto Rosatelli, comunista apasionado. Un día, Rosatelli vuelve a su casa después de una campaña de proselitismo y ve desde la ventana a un fraile que le mira tristemente y le dice: "Ven a verme". La señora Moschi, una amiga de la casa, le enseña una fotografía del P. Pío y Rosatelli reconoce al fraile que lo había invitado a verlo. La curiosidad lo lleva, por fin, a San Giovanni Rotondo.

En el confesionario el P. Pío le pregunta:

- ¿Cuánto hace que no te has confesado? - Cinco años -, confiesa Rosatelli.

- No es cierto -le responde el P. Pío; hace doce.

Al finalizar la confesión el P. Pío le pregunta:

- Tu carnet de comunista, ¿lo rompes tú o yo?

La historia del P. Pío está jalonada por grandes conversiones: ateos, masones, libertinos, marxistas, asesinos, impostores. El P. Pío está particularmente especializado en casos graves. Y siempre con fortaleza y ternura:

- ¡Padre, yo no creo en Dios!, le dice uno de tantos. Pero, hijo mío, Dios sí cree en ti y te ama.

De esta forma, el Padre derriba a los soberbios para reconciliarlos con el Padre de las misericordias.

LOS DONES DEL SEÑOR

¡Yo te conozco dentro y fuera!

La penetración de los corazones es una forma de clarividencia espiritual por medio de la cual se conoce el estado de la conciencia moral del prójimo o los secretos de su corazón. Este era uno de los dones que con más frecuencia se manifestaba en el P. Pío y que más impactaba a la gente. Parecía que él leyera las conciencias como un libro abierto.

Especialmente en el confesionario, parecía como si supiera de antemano el estado del penitente. Hay muchos testimonios sobre esto.

El abogado César Festa, primo del doctor Jorge Festa, fue un día a visitar al P. Pío del cual tanto le hablaba su primo. Apenas se encontró delante del Padre, se sintió como embestido por él:

- Usted es masón.

- Sí, Padre - tuvo que confesar el abogado.

- Y, ¿cuál es el objetivo de la masonería? -insistió el P. Pío.

- El de combatir la Iglesia desde el punto de vista político. -respondió con sinceridad Don César.

Después de un momento de silencio, el Padre lo tomó de la mano, lo llevó consigo y le habló con gran dulzura de la parábola del hijo pródigo. Luego aquel gran masón se echó de rodillas a los pies del P. Pío y se confesó.

No siempre los encuentros eran tan dulces como éste. Cuántas veces pecadores curiosos o no bien preparados se acercaban al confesionario del P. Pío y se sentían rechazados con un:

- ¡Vete de aquí, fuera, fuera!

Esto le ocurrió un día a un ciego que se hizo presentar al P. Pío para pedirle la vista. Al llegar a su presencia, le recibió con un:

- ¡Vete de aquí, mugroso!

Humillado y lleno de coraje el pobre ciego fue a quejarse con otro religioso.

- Realmente el P. Pío fue muy duro contigo -le dijo el religioso. Pero yo creo que habrá tenido alguna razón para tratarte así.

- ¡Ninguna, Padre!

Entonces el capuchino empezó a interrogarlo sobre su vida y resultó que el ciego vivía en concubinato. Entonces el padre le dijo:

- Con razón te rechazó el P. Pío. El sintió el olor apestoso de tus pecados y te humilló para que te arrepintieras.

Clarividencia espiritual. Del Papa Benedicto XV se sabe que recibió la visita de un obispo que desconfiaba del P. Pío. El Papa escuchó su informe, y después le dijo:

-Creo que se equivoca en sus apreciaciones. Le aconsejo que vaya a San Giovanni Rotondo para conocer la verdad por sus propios ojos.

El obispo cumplió el consejo del Papa, y sin decir nada nadie, se dirigió a Foggia. En la estación le estaban esperando dos frailes capuchinos, que, después de saludarle, le dijeron que les enviaba el P. Pío para recibirle y acompañarle al convento.

-Pero el Padre no sabe nada de mi viaje-, dijo el obispo.

-Algo sabrá -respondieron los dos -si nos ha enviado. Nos dijo que Ud. venía por consejo del Papa.

Sorprendido, el obispo cambió de parecer, y despidió a los dos diciéndoles:

-Díganle al P. Pío que me vuelvo a Roma. Me basta con lo que acabo de ver.

Un día, el P. Pío estaba en el confesionario de la sacristía y no dejaba de mirar a un señor que estaba en medio del grupo de hombres esperando el turno para confesarse. Se dieron también cuenta los demás y le hicieron señas que se acercara. Cuando estuvo cerca del confesionario, el P. Pío en voz baja le dijo:

- Padre, si no se pone la sotana, no lo confieso.

- Yo sé lo que debo hacer -le contestó ofendido el otro, y se fue. Se trataba de un religioso que había ido a verificar personalmente lo que se decía del P. Pío.

Un gran profeta. El don de profecía es una gracia especial que Dios concede a algunas almas privilegiadas para prever cosas o predecir acontecimientos futuros. El P. Pío tuvo este don y se sirvió de él para el bien de las almas. Recordemos algunos ejemplos.

El señor Alberto Galletti, muy amigo del cardenal Montini, arzobispo de Milán, en junio de 1956 fue a San Giovanni Rotondo y llevó los saludos del cardenal al P. Pío y le pidió una bendición especial para su arzobispo.

- No una bendición, sino un río de bendiciones - dijo el P. Pío. Y añadió:

- Tú debes decirle al cardenal Montini que después de éste, él será Papa. ¿Has entendido? Tienes que decírselo, para que se prepare.

Conocemos también lo que le dijo el P. Pío al joven sacerdote Karol Wojtyla cuando en el verano de 1947 fue a San Giovanni Rotondo para encontrarse con él. El estudiante polaco platicó largamente y se confesó con él. Se sabe que en aquella ocasión el P. Pío le dijo al joven sacerdote:

- Serás obispo y llegarás a ser Papa, y en tu vida correrá mucha sangre.

Esta noticia nunca fue desmentida por el Vaticano, antes bien fue confirmada por varias personas, entre ellas el párroco del famoso santuario de Czestochowa.

El P. Pío, con su don de profecía intervenía también en los pequeños casos de la vida familiar, por ejemplo, para consolar a las madres que esperaban un hijo. Las consolaba, bendecía a sus creaturitas y muchas veces sugería el nombre que tenían que darles.

Un día, un oficial de policía le dijo al Padre:

- Padre, mi esposa está embarazada. ¿Qué nombre le ponemos al bebé?

- ¡Pónganle Pío!

- Y, ¿si es una niña?

- ¡Pónganle Pío -he dicho.

Dos años más tarde, el mismo oficial que ya se había hecho hijo espiritual del P. Pío, volvió de nuevo. Antes que abriera la boca, el P. Pío le dijo:

- ¡Póngale Francisco!

Y otra vez fue niño.

A una señora le dijo:

- Tu esposo está en el paraíso. ¿Por qué te angustias tanto? Estate tranquila, hija, tu esposo está en el paraíso.

Cuenta Cleonice Morcaldi: «Después de un mes de la muerte de mi madre, un día, durante la confesión, el P. Pío me dijo: «Esta mañana tu madre voló al paraíso, durante la misa. No se lo digas a nadie».

¡A éste no se le puede decir que no! La profesora Wanda Poltawska, polaca, a causa de una grave enfermedad estaba en el hospital esperando ser operada. La operación, según los médicos, aunque tuviera éxito, no le iba a dar más que un año de vida.

La señora Wanda enseñaba psiquiatría en la Universidad de Cracovia, y en aquel tiempo era colaboradora del arzobispo Karol Wojtyla y estaba ligada a él por una profunda estimación. En aquellos meses el arzobispo estaba en Roma en ocasión del sínodo de obispos. Cuando supo de la gravísima enfermedad de la doctora, se acordó que en San Giovanni Rotondo tenía a su gran amigo, el P. Pío, que había conocido y visitado en el lejano año de 1947, durante unas vacaciones de verano. El 17 de noviembre de 1962 le escribió la siguiente carta:

«Venerable Padre, te ruego que eleves a Dios una oración por una madre de cuatro hijas, de Cracovia, y que pasó cinco años en un campo de concentración de Alemania. Está en gravísimo peligro de perder la vida por un cáncer en la garganta. Ruega para que Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, le muestre su misericordia a ella y a su familia».

La carta le fue entregada personalmente al P. Pío por mano del señor Angel Battisti, administrador de las obras sociales de San Giovanni Rotondo. El P. Pío, después de haber leído la carta, dijo a Don Ángel:

- ¡A éste no se le puede decir que no!

Luego, después de un silencio pensativo, añadió:

- Angelillo, guarda esta carta, porque un día será importante.

Once días más tarde, precisamente el 28 de noviembre, el arzobispo de Cracovia (Juan Pablo II) volvía a enviar a San Giovanni Rotondo una segunda carta en la que daba gracias a Dios y al P. Pío porque en los últimos exámenes clínicos que le practicaron a la doctora Wanda, poco antes de la operación, los médicos habían descubierto que el tumor maligno había desaparecido. «En nombre de la señora Wanda, de su esposo, de sus hijas y mío -decía la carta- te agradezco, venerable padre».

"Para mí no hay distancias". El fenómeno de la bilocación, como el término lo dice, consiste en la presencia simultánea de una misma persona en dos lugares distintos. Es una manifestación del poder de Dios para que una persona pueda socorrer, hacer el bien al prójimo.

Ya comentamos este fenómeno cuando el P. Pío socorrió al general Cadorna que pensaba suicidarse.

Es muy interesante el testimonio de los pilotos anglo norteamericanos, que durante la Segunda Guerra Mundial sobrevolaban el Gargano para bombardear la región, y no lo pudieron hacer. Cuentan que veían delante de ellos a un fraile que tendía los brazos y les impedía desenganchar las bombas.

Terminada la guerra, varios de ellos fueron a San Giovanni Rotondo y "con absoluta certeza" reconocieron en el P. Pío a aquel fraile que se metía delante de sus cazabombarderos en vuelo.

Cósimo Iadanza, vecino de San Giovanni Rotondo, tenía a su hermano prisionero en Rusia, sin saber noticias de él. Una vez el P. Pío le preguntó:

- Cósimo, ¿quieres ir a ver a tu hermano en Rusia?

- Ojalá pudiera, Padre, -Y nada más decir esto, se encontró en Rusia, y el P. Pío le indicó a su hermano que estaba en medio de otras personas.

Sus devotas le preguntaron un día al P. Pío si el cardenal Mindszenty, tan duramente maltratado por los comunistas checos, había muerto.

- No, ¡pobre hombre! - respondió el P. Pío.

- Usted, ¿fue a visitarlo? -insistieron preguntando.

- Sí, y le he llevado el cáliz y todo lo necesario para que celebrara la misa, y le ayudé a celebrarla.

Sabemos que el P. Pío llevaba una vez al mes la comunión a la famosa mística Teresa Musco que vivía cerca de Caserta, a muchos kilómetros de San Giovanni Rotondo. Teresa Musco tuvo los estigmas como el P. Pío, sufrió la Pasión del Señor y fue llamada por esto "la mensajera de sangre". En su diario ella llama al P. Pío "el visitador de cada mes".

También a la mística Luigina Sinapi (1916-1978) de Roma le ocurrió un hecho de bilocación del P. Pío. En el Año Santo de 1950, Luigina quiso cumplir con las visitas a las cuatro basílicas de Roma y le pidió a Jesús de enviarle como compañero protector al P. Pío. Ella misma escribió:

«Mientras iba hacia Santa María La Mayor, vi a un fraile capuchino que caminaba delante de mí y siguió hasta San Pedro. También en la capilla del Santísimo se arrodilló delante de mí. Cuando me acerqué a la puerta del elevador para subir al tercer piso del Palacio Papal, donde tenía que visitar al Santo Padre Pío, me di cuenta que el capuchino que me había acompañado, era el P. Pío. Viendo mi sorpresa, me sonrió y dijo: "¿Estás satisfecha? Si ahora vas con el Papa, pídele la bendición para mí y dile que yo me ofrezco todos los días por él".

Estaba tan emocionada que el Papa me lo leyó en la cara. Le conté entonces al Papa lo que me había ocurrido. "Y, ¿por qué no lo invitaste a subir?", me dijo. Yo no supe que contestarle. Pero mientras el Santo Padre levantaba la mano para la bendición, el humilde P. Pío estaba frente a nosotros, recibiendo la bendición del Papa».

«Cuando salí para España -escribe Cleonice Morcaldi fui a despedirme del P. Pío, el cual me dijo: "Hija mía, ve y no tengas miedo, porque para mí no hay distancias"».

Hilo directo con el más allá. Un día el P. Pío escribió una carta a su director espiritual para pedirle permiso de "ofrecerse como víctima" por las almas del purgatorio.

«Este deseo -escribía el P. Pío- ha ido creciendo siempre más en mi corazón, hasta el punto de ser ahora una pasión».

El director espiritual le fue favorable y el P. Pío, apoyado por la obediencia, hizo este acto heroico. Desde aquel momento para el P. Pío no hubo ninguna barrera entre él y las almas del purgatorio, entre nuestro mundo y el de ellas.

En 1920 hubo una epidemia en San Giovanni Rotondo. El último a morir en el pueblo fue Nicolino Pompillo, hermano de Antonieta, hija espiritual del P. Pío. Antonieta le preguntó llorando al Padre:

- Padre, tú que vas a todas partes en espíritu, ¿puedes bajar también al purgatorio?

- Sí -le respondió el Padre.

- ¿Puedes entonces hacer que yo vea a mi hermano, si está allá?

Tres días después, Nicolino se le apareció a su hermana Antonieta. Estaba contento y sonriente, y le dijo a su hermana:

- Hermana, ¿sabes quién ha venido a verme? Ha venido el P. Pío. Me dio la mano y me preguntó: ¿Qué es más bonito, estar en el purgatorio o estar en la vida?

Yo le pregunté a mi hermano:

- Nicolino, ¿cuánto purgatorio te ha tocado?

- Dos años -contestó.

- ¿Y cómo es el fuego del purgatorio?

- Es más fuerte que el fuego natural. Sin embargo el sufrimiento mayor es la privación de Dios, aunque lo sufrimos con la hermosa esperanza.

Cuando nuevamente Antonieta encontró al P. Pío, él le dijo:

- Hija mía, ¿estás contenta? ¿Qué más quieres saber? Pero basta, no me hagas más preguntas. Tampoco las puertas del paraíso le estaban cerradas al P. Pío.

Un día Cleonice Morcaldi, su hija espiritual, le preguntó al P. Pío:

- Padre, ¿Jesús le mostró los lugares de sus hijos espirituales en el paraíso?

- Claro -respondió el P. Pío. Un lugar para ti y otros para todos los hijos que Dios me confiará hasta el fin del mundo, si son constantes en el camino que lleva al cielo. Es la promesa que Dios hizo a este miserable.

- Y en el paraíso, ¿estaremos cerca de usted? -insistió preguntando Cleonice.

- Ah, tontita, ¿y qué paraíso sería para mí si no tuviera cerca de mí a todos mis hijos?

- Pero yo tengo miedo de la muerte -siguió diciendo la hija espiritual.

- El amor excluye el temor. La llamamos muerte, pero en realidad es el inicio de la verdadera vida. Y luego, si yo les asisto durante la vida, ¡cuánto más los ayudaré en la batalla decisiva!

Murió Asunta, la hermana del P. Paulino, superior del convento donde estaba el P. Pío. El P. Paolino le preguntó al P. Pío por el alma de su hermana. El le contestó:

- Padre mío, no te preocupes. Yo le entregué el alma de Asunta a nuestro Señor. Solamente que ella se quedó en el paraíso y yo tuve que regresar a este valle de lágrimas.

¡Aquellas tardes con el P. Pío! Las personas que no conocieron al P. Pío en la vida de la comunidad y especialmente en las horas de recreo que él tomaba según las normas del convento, lo han creído un hombre muy serio; pero se han equivocado.

El P. Pío era alegre y jovial. Era divertido y brillante especialmente en esas tardes calurosas de verano cuando descansaba un poco con sus hermanos tomando el aire fresco y platicando con sus hijos espirituales del hospital.

«Uno de los aspectos proverbiales del P. Pío -escribió el Padre Mondrone de la revista "La Civiltá Católica", eran sus salidas divertidas, sus chispazos de ingenio, los chistes con los que sazónaba una conversación, bien para no dejar la impresión de víctima, bien para dar alguna leccioncilla».

Nadie se escapaba de sus pequeños dardos: una tarde mientras se acercaban algunos médicos del hospital "Casa Alivio " dijo a los presentes:

- Está más seguro un ratón entre dos gatos, que un enfermo entre dos médicos.

El P. Pío era un conversador brillante y mantenía en suspenso a sus oyentes. De los abogados, dijo una vez:

- ¿Saben ustedes quién es el patrono de los abogados? Se los diré yo. Un día una comisión de abogados fue a Su Santidad, quejándose que porque ellos, no tenían un protector como los demás profesionistas. El Santo Padre los llevó entonces a una sala en donde había muchos retratos de santos y los invitó a escoger. El delegado de la comisión ojeó a San Miguel Arcángel, se acercó al cuadro, pero de la prisa, en lugar de indicar a San Miguel, puso su dedo en los cuernos del diablo que está a los pies de San Miguel, diciendo: "¡Santidad, éste es nuestro patrono!"

En su repertorio de chistes, no faltaban los que se referían a los borrachines, a los soldados rasos, a los políticos, a los religiosos.

- ¿Sabían qué les pasó a un obispo y a un cura que murieron?... Se presentaron los dos en el cielo. Una multitud de ángeles y santos rodearon al obispo para felicitarlo y acompañarlo delante del trono de Dios, mientras al cura lo descuidaron por completo. El cura se quejó con San Pedro por tal injusticia. ¿No había trabajado él tanto como el obispo? "Hijo mío, -le respondió San Pedro- que un cura entre aquí, es normal; pero que entre un obispo es muy raro".

Hablando de San Pedro y del paraíso, al P. Pío le gustaba contar también esta anécdota. «Un día -dijo- el Señor salió a pasear por el paraíso y vio ciertos tipos de mala cara que andaban caminando por ahí.

Mandó llamar a San Pedro y le preguntó:

- Pedro, ¿qué pasa con esta gente? ¿De dónde viene?
- Señor, no lo sé, se excusó Pedro. Entran, y no sé por dónde.
- Bueno, Pedro, estate un poco más atento.

Otro día el Señor salió de nuevo a pasear por el Edén y vio que habían aumentado estos hombres de aspecto sospechoso, y le dijo un poco más molesto a Pedro:

- Pedro, te había dicho de estar más atento. Tendré que quitarte las llaves.

Pedro todo compungido, le respondió:

- Señor, no quería decírtelo, pero ya que lo quieres saber, te lo digo. Apenas me doy vuelta un momento, que ya está Vuestra Madre, que abre las puertas y hace entrar a todos sin distinción. Yo ya no puedo más, Señor. ¿Qué debo hacer cuando Vuestra Madre se acerca a la puerta?
- Pedro, hazte de la vista gorda.

El P. Pío tenía otra anécdota acerca de la Virgen. La contó al actor cómico Carlos Campanini que se quejaba por que todas las tardes tenía que hacer el bufón en el escenario.

«Había una vez un saltimbanqui que se hizo monje, pero no conseguía cantar los salmos en latín ni rezar las oraciones de los hermanos. Ahora bien, él esperaba que el coro fuera desierto para exhibirse delante de la estatua de la Virgen con saltos y piruetas.

El fraile sacristán que se dio cuenta, avisó al Padre Abad, el cual se escondió detrás de una columna para sorprender en el momento justo al fraile juglar. El Padre Abad se quedó pasmado cuando vio la estatua de la Santísima Virgen animarse y sonreír y al Niño Jesús que aplaudía con sus manitas, complacido por las volteretas del frailecito juglar».

Y el P. Pío, feliz de su anécdota, sacaba la moraleja para Carlos Campanini:

- Hijo mío, cada uno de nosotros hace el bufón en el puesto que Dios le ha asignado. El fraile más ignorante de la comunidad ofrecía a la Reina del Cielo lo único que sabía hacer y Ella lo aceptaba con gusto. El bufón hacía bien en el lugar y con las cualidades que Dios le había dado.

Se negó a ser anestesiado cuando los doctores tuvieron que operarlo de hernia. Para facilitarle el resistir al dolor, le ofrecieron al P. Pío una copita de "Benedictino", pero el Padre la rechazó comentando: "No quisiera en mi interior posibles disputas entre un benedictino y un capuchino".

De este modo, en la boca del P. Pío el chiste y la anécdota no eran sólo sano humorismo y simple distracción, sino también una especie de apostolado: el apostolado de la alegría y del buen humor.

Cuentan que una mujer napolitana, un día, se acercó al P. Pío y le dijo: "¡Qué hermoso eres!" y abalanzándose sobre él le dio un beso en cada mejilla. El Padre se limitó a reprenderla suavemente, pero el padre superior, al conocer el suceso, quería llamar a la policía para que la arrestara. El P. Pío le dijo entonces: "Hoy no se puede arrestar a una que muerde, y, ¿tú quieres arrestar a una que besa?"

En otra ocasión se acercó un peregrino y le preguntó al P. Pío: "Padre, un pariente mío no está bien desde hace dos años. ¿Qué le puedo decir?". Dile que yo, desde hace setenta años, tampoco estoy bien".

Otro devoto le recordó: "Padre, mi mujer insiste en que quiere recibir de todos modos de Jesús aquella gracia. ¿Qué le digo?". "Dile que Jesús no se la quiere conceder, y yo no lo puedo agarrar por el cuello".

En 1939 otro devoto tenía fuertes dolores en una rodilla y empezó un largo tratamiento. Fue a confesarse con el P. Pío y le contó su dolencia. Al marcharse se dio cuenta que la rodilla se había deshinchado por completo y le dio las gracias al P. Pío, quien le respondió: "Dile al médico que esas inyecciones se las ponga él".

Un penitente al confesarse de malos pensamientos, le preguntó al P. Pío: "Padre, ¿habrá sido el demonio?". El Padre, riendo repuso: "¿Qué crees tú, que las tentaciones son cosa del Espíritu Santo".

Un día, un señor, tal vez bromeando, le dijo al P. Pío:

-Padre, yo no creo en el infierno; es una invención de los curas.

-No te preocupes, hermano, -le contestó pronto el Padre- cuando irás allá, te darás cuenta si existe o no.

LA DEVOCION A LA VIRGEN

La devoción de su infancia

Un verdadero retrato del P. Pío estaría incompleto si no se diera el debido realce a su devoción mariana.

Cuando niño, Francisco entraba a la iglesia de Pietrelcina a saludar a la Virgen y a orar delante de su imagen: la Virgen de la "Líbera". En 1901, cuando tenía 14 años, fue a visitar el santuario de Nuestra Sra. del Rosario de Pompeya, con otros siete compañeros de escuela y acompañados del maestro Don Angel.

El 6 de mayo de 1913 escribe al P. Agustín, su director espiritual:

"Esta Madre tan tierna, en su gran misericordia, sabiduría y bondad ha querido verter en mi corazón tantas y tales gracias que, cuando me hallo en su presencia y en la de Jesús, me siento estrechamente unido y ligado al Hijo por medio de esta Madre».

El mes de mayo dedicado a María

El P. Pío llamaba el mes de mayo "El mes de la hermosa mamita". El 1º de mayo de 1912, él escribía a su padre espiritual: "¡Oh el hermoso mes de mayo!" El más bonito del año. Sí, padre mío, ¡este mes nos recuerda muy bien las dulzuras y la belleza de María! Pensando en los muchos beneficios que me ha hecho esta querida Mamita, tengo vergüenza de mí mismo por no haberla amado y servido lo bastante; en cambio, a sus cuidados afectuosos he contestado con ingratitudes».

"El mes de mayo para mí es el mes de las gracias, y este año espero recibir dos: que me recoja consigo para no seguir viendo esas caras feas; (demonios) la otra, usted la conoce.

Quisiera tener una voz poderosa para invitar a todos los pecadores del mundo a amar a la Virgen».

Para mostrar su devoción a la Virgen y obtener más fácilmente sus gracias, él le ofrece sus sacrificios. El 21 de julio de 1913, escribe al padre espiritual: «Le pido el permiso de abstenerme de la fruta el miércoles en honor de la Virgen», y el 6 de enero de 1917 le pide el permiso de ayunar dos veces por mes, una vez en honor de la Virgen y la otra en honor de San Antonio.

«Su amor a la Virgen era muy grande -cuenta un sacerdote. Recuerdo que una vez le pedimos al P. Pío, en la fiesta de la Asunción, un pensamiento sobre la Virgen para ese día. Se le iluminó el rostro y sollozando nos dijo: "Hijos míos, amemos a la Virgen. Ella (y aquí se emocionó) es nuestra Madre". También nosotros nos pusimos a llorar, confundidos y humillados frente a tanto amor».

Un día Cleonice Morcaldi, su hija espiritual, le preguntó

- Padre, ¿la Virgen viene uno que otro día a su celda?

- Mejor di -le contestó el Padre- si algún día no viene...

- ¿Se le aparece como en Lourdes? -siguió preguntando atrevida Cleonice.

- Eh sí. Allá se apareció, pero aquí anda.

- ¡Oh, qué paraíso, Padre! Dígame un pensamiento sobre la grandeza de María para que me anime a amarla.

- ¿No te basta saber que es Madre de Dios? ¿Que todos los ángeles y santos no llegan a alabarla dignamente? Dios es el Padre del Verbo; María es la madre del Verbo, hecho carne. Nada nos concede el Señor si no pasa por las manos de la Reina del cielo. Si Dios es la fuente de agua viva, María es el acueducto que la lleva a nosotros. Ámala en la tierra y la contemplarás en el cielo.

Su arma preferida. Su amor a la Virgen se expresaba en particular por el rezo del santo rosario que llevaba siempre enrollado en la mano o en el brazo, como si fuera un arma siempre empuñada.

Una tarde el P. Pío estaba en cama y lo asistía su sobrino Mario. El tío le dijo:

-Mario, tráeme el arma.

El sobrino buscó por aquí y por allá en la celda, sobre la mesa, en el cajón.

- Pero, tío, no encuentro ninguna arma.

- Mira en el bolsillo de mi hábito.

El sobrino hurgó en el amplio bolsillo. Y nada.

- Tío, está sólo la corona del rosario.

- ¡Tonto!, ¿no es esa el arma?

"Toma esta arma", le había dicho una vez en sueño la Virgen.

Sus cohermanos llamaban al P. Pío "El rosario viviente". "¿Hay oración mas bella -decía él- que aquella que nos enseñó Ella misma? Recen siempre el rosario".

Y con el rosario en la mano, pronunciando dulcemente los nombres de Jesús y María, entregó su hermosa alma a Dios.

Le gustaba al P. Pío contar ese sueño:

«Una noche soñé que estaba asomado a la ventana del coro y veía la plaza llena de gente.

Les grité:

- ¿Qué quieren?

- La muerte del P. Pío, -contestaron.

- Ah, ¡entonces ustedes son comunistas! -les dije yo, y me metí al coro.

En aquel momento me viene al encuentro la Virgen y me dice:

- No les tengas miedo, aquí estoy yo. Toma esta arma, vuelve a la ventana y úsala.

Yo obedecí, y todos se cayeron muertos».

"En nombre de la Virgen te curarás". Una joven enfermera de Bolonia fue hospitalizada en octubre de 1952 por una forma nefrítica muy grave, necesitando la operación. Una noche le apareció en sueño el P. Pío, diciéndole: "En nombre de la Virgen María tus riñones, desde este momento, no sangrarán más", y la avisó que volvería. La mañana siguiente los médicos la encontraron clínicamente curada y le dieron de alta. Sin embargo ella dijo que los médicos la habían curado.

Se le apareció nuevamente el P. Pío, muy serio, reprochándole su mentira. "Ha sido la Virgen quien vino a curarte, recuérdate, y repíteselo a todo el mundo, porque hay muchas jóvenes de tu edad que se están perdiendo, pero cuando sepan lo que a ti te ocurrió, podrán rehabilitarse".

«¿Quién no recuerda -escribe Curci- la oración de la "Visita a María Santísima" que el P. Pío rezaba todas las tardes, delante del Santísimo Sacramento? Su corazón latía por Ella, y su alma se enternecía hasta las lágrimas cuando llegaba a aquellas palabras: «No me desampares mientras no me veas salvo en el cielo, bendiciéndote y cantando tus misericordias por toda la eternidad».

En 1959 llegó a Italia, procedente de Fátima, la estatua de la Virgen Peregrina que visitaba varias ciudades de la Península. El 5 de agosto, llegó a San Giovanni Rotondo. El P. Pío estaba enfermo y ni siquiera podía celebrar. El se detuvo por mucho tiempo delante de la sagrada imagen y le puso entre las manos su rosario; gesto que arrancó lágrimas a los presentes.

Cuando el helicóptero se levantó de la terraza del hospital, llevándose la Virgen Peregrina, el P. Pío la llamó por su nombre y se quejó amorosamente:

- Madrecita linda, has llegado a Italia y me he enfermado; ahora te vas y me dejas enfermo.

En aquel mismo instante sintió como un escalofrío que le corrió por todo el cuerpo. Gritó:

- ¡Estoy curado! La Virgen me ha curado.

En efecto, se curó de su pleuresía y nunca se sintió tan sano ni tan fuerte en toda su vida. El mismo afirmó:

- La Virgen vino hasta aquí porque quería curarme.

Amor concreto y profundo. La Virgen introdujo al P. Pío en el misterio de la cruz. El escribió al P. Agustín, su director espiritual: «La Virgen Dolorosa nos obtenga de su santísimo Hijo que ahondemos cada vez más en el misterio de la cruz y nos embriaguemos con ella en los padecimientos de Jesús. Que nos consiga el amor a la cruz, a sus padecimientos y a sus dolores. Que María, que fue la primera en practicar el Evangelio en toda su perfección, nos obtenga también la ayuda de llegar junto a Ella. Asociémonos siempre a esta querida Madre; salgamos con Ella junto a Jesús fuera de Jerusalén».

La Virgen lo introdujo también en el misterio eucarístico. Escribió: «Pobre Madrecita, cuánto me quiere. Lo he contemplado con renovado fervor al comienzo del más hermoso mes. Con qué cariño me ha acompañado hasta el altar esta mañana. Me ha parecido que Ella

no tuviese ni siquiera en quien pensar sino sólo en mí, al llenarme el corazón de santos afectos».

El P. Pío no soportaba que se pusiera en duda los privilegios de María.

Un día, oyendo hablar de ciertos errores que circulaban en algunas escuelas teológicas y revistas, referentes a la virginidad de María y a la interpretación de su Anunciación, él se fue de allí pidiendo al padre superior que le excusara: "Me marchó -dijo- porque me hace mucho mal oír ciertas cosas".

LOS AMORES DEL P. PIO.

Amor al Ángel de la guarda

Los ángeles de la guarda son creaturas espirituales que Dios envía a los hombres con la misión de custodiarlos y protegerlos física y espiritualmente.

El P. Pío tenía no sólo la confianza sino mucha familiaridad con su ángel de la guarda y con frecuencia le daba encargos especiales. Leamos el relato del Padre Luciano Lucchesi:

«Soy Luciano Lucchesi. A los 25 años fui a trabajar en Suráfrica en una fundición. En 1959 encontré a una señora que me habló del P. Pío y me aconsejó que le escribiera. Lo hice y después de unos días recibí la contestación: "Cuando tengas dificultades, mándamela decir con tu ángel de la guarda. P. Pío".

No entendí nada. Pensaba que lo de los ángeles eran cosas de niños. Un día estaba fundiendo estaño en un crisol, cuando de improviso reventó el recipiente y toda la masa de estaño me saltó a la cara y a los ojos. Sentí un fortísimo dolor en la cabeza. En aquel instante recordé lo del ángel y grité: "Ángel de la guarda, corre con el P. Pío y dile que estoy ciego".

Me llevaron al hospital de Johannesburg. Oía a mi alrededor unas voces que decían: "¡Pobrecito! Tan joven y quedará ciego". Y todos lloraban.

Pero una voz más fuerte, la de un doctor, dijo: "Quiero ver, antes de prepararme a operar".

Me quitó las vendas y al levantarme los párpados yo vi todo. No estaba ciego! Entonces los médicos dijeron: "La vista está bien", y con las pincitas empezaron a quitar el estaño de los ojos, pusieron un poco de ungüento y se fueron. Era un sábado cuando esto me pasó. El lunes siguiente me dieron de alta y, en casa, durante una semana seguí quitándome de la cara trocitos de piel quemada. El estaño líquido, hirviendo, que me saltó a la cara quemándomela, el mismo que me entró en los ojos, no me había dañado la vista. Era un auténtico milagro.

Volví de Suráfrica entré en el seminario y me ordené de sacerdote».

Attilio Fogliata de la ciudad de Brescia (Italia) al despedirse una vez del P. Pío, se excusaba de no poder ir más a menudo a verlo porque su sueldo no se lo permitía.

- Y, ¿quién te dijo que tienes que venir hasta aquí? -le dijo el P. Pío. ¿No tienes a tu ángel de la guarda? Le dices lo que necesitas, lo envías aquí y tendrás en seguida la respuesta.

"El ángel me lo explica todo"

A comienzo de 1912, el Padre Agustín de San Marco, confesor del P. Pío, para valorar su santidad y para librarse de los engaños del demonio, decidió escribirle en griego y en francés, lenguas que el Padre no conocía.

El P. Pío superó brillantemente la prueba porque su ángel de la guarda se lo traducía. Lo testifica el Padre Salvatore Pannullo, párroco de Pietrelcina, quien confirmó bajo juramento que habiendo el P. Pío recibido una carta de su confesor en griego, consiguió traducir el contenido exacto de la misma. "Interrogado por mí -cuenta el P. Salvatore- sobre cómo

hubiese podido leerla y explicarla, sin conocer siquiera el alfabeto griego, me respondió: ¡Usted sabe! El Ángel de la guarda me ha explicado todo".

El Padre Agustín, en su diario, escribió: "El P. Pío no conoce ni el griego ni el francés; su ángel custodio le explica todo y él me responde justamente".

La ayuda de su ángel era tan eficaz que el P. Pío lograba incluso escribir en lenguas extranjeras. En efecto, entre sus cartas publicadas hay algunas dictadas por su ángel de la guarda en lengua francesa. Más tarde, gracias a la ayuda del ángel, consiguió también entender el inglés.

Tommaso Serritelli, que vivía en Estados Unidos con la familia, en un viaje a San Giovanni Rotondo, se llevó a su hija para que hiciera la Primera Comuni3n teniendo como madrina a Mary Pyle, una norteamericana que había establecido su estancia desde a3os en San Giovanni Rotondo, acompañó a la ni3a para que el P. Pío la confesara. Ni la ni3a sabía italiano ni el P. Pío inglés. Al ofrecimiento de ayuda de P. Pío. Mary Pyle, el Padre dijo: "María, puedes marcharte, que en estas cosas nos las arreglamos ella y yo". El P. Pío y la ni3a se entendieron perfectamente en inglés.

"Para mí el Papa es igual a Jesucristo". El Papa Benedicto XV (1914-22) mostró siempre profunda veneraci3n al P. Pío. A un monseñor de la curia romana que le hablaba mal de él, el Papa le dijo:

- Usted está mal informado. Le aconsejo que vaya a verle y se convencerá de su error. El P. Pío es un hombre extraordinario, de los que Dios suele enviar a la tierra de vez en cuando, para convertir a los hombres.

En 1922 subi3 al trono pontificio Pío XI, hombre de estudio y de valor; fue el Papa de las Misiones y de la Acci3n Cat3lica. Tuvo que enfrentarse con angustiosos problemas: la revoluci3n sovi3tica, las revoluciones sangrientas de Espa3a y M3xico, el fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler.

Estos grandes problemas de la Iglesia le impidieron al Papa Pío XI hacerse cargo personalmente del caso del P. Pío, se fi3 de su gran amigo, el Padre Gemelli, y dej3 todo en manos del Santo Oficio.

Sin embargo, cuando ley3 algunos libros sobre el P. Pío, el primero del alcalde Morcaldi de San Giovanni Rotondo, "Carta a la Iglesia", y especialmente "Misterios de ciencia y luces de fe" del doctor Festa, sin temor de contradecir a su gran amigo Gemelli, quiso que se rehabilitara al P. Pío.

Era el 16 de julio de 1933; las sospechas y las calumnias habían acabado. El P. Pío pudo bajar a celebrar públicamente la misa en la capilla de nuestra Se3ora de las Gracias, en medio de la emoci3n y las lágrimas de sus amigos e hijos espirituales.

El Papa Pío XII (1939-58) fue quien inspir3 y bendijo los Grupos de Oraci3n del P. Pío. Sor Pascualina, quien vivi3 al servicio de Pío XII durante su pontificado, repiti3 varias veces que el estigmatizado era calificado con frecuencia por el papa como "el salvador de Italia".

A su vez el P. Pío tenía en su celda el retrato del Santo Padre Pío XII y por la tarde, la misma lamparita que iluminaba su Virgencita, iluminaba a la vez la figura del gran Pontífice Pacelli. A un obispo que iba a Roma para ser recibido por el papa, el P. Pío le mand3 decir al Papa: "Diga al Papa que con inmensa alegría ofrezco mi vida al Se3or por su salud".

El Papa Juan XXIII (1958-63) cuando era patriarca de Venecia había manifestado un gran afecto hacia el estigmatizado de San Giovanni Rotondo, permitiendo a sus sacerdotes asistir a los Grupos de Oración. De 1958 a 1960, ya Papa, aprobó en varias ocasiones las peregrinaciones a San Giovanni Rotondo, y en 1959 envió al cardenal Tedeschini, como legado suyo a la inauguración de la nueva iglesia de Nuestra Señora de las Gracias llevando para el P. Pío una especialísima bendición.

Sin embargo, el "Papa bueno" cayó en la trampa que le tendieron personas enemigas del P. Pío y por algún tiempo vivió engañado por los mismos superiores de la Orden capuchina que no dudaron en emplear toda clase de medios, entre ellos la de colocar micrófonos en la celda en la sacristía y en el mismo confesionario del P. Pío.

Pablo VI (1963-78) estuvo muy cerca del P. Pío, lo comprendió, lo estimó y lo amó mucho. Todavía cardenal arzobispo de Milán, en 1960, envió al P. Pío una carta de felicitaciones con ocasión de los 50 años de sacerdocio.

«La misa del P Pío, decía Pablo VI, vale más que una misión».

El 20 de febrero de 1971, a los superiores capuchinos en audiencia privada dijo:

“¡Miren qué fama ha tenido el P. Pío!, ¡qué clientela mundial ha reunido en torno a sí! ¿Por qué? ¿Tal vez era filósofo? ¿Tenía grandes medios a su disposición? No. Es porque celebraba la misa humildemente, confesaba de la mañana a la tarde, y era sellado por los estigmas de Nuestro Señor”.

Más tarde, en la plaza San Pedro, con ocasión del Año Santo de 1975, delante de 130 mil personas de los Grupos de Oración, Pablo VI dijo:

«El P. Pío de Pietrelcina, entre tantas y grandes cosas que cumplió, ha engendrado esta multitud, este río de personas que oran y se dedican a la vida cristiana en la oración, en caridad y en la pobreza de espíritu».

El P. Pío no aceptaba que se criticaran las órdenes del Papa.

Una vez, durante una larga discusión de carácter religioso en la cual algunos sacerdotes sostenían opiniones nuevas, el P. Pío cortó todo comentario diciendo:

- Ustedes piensen y digan lo que quieran; yo estoy con el Papa y basta.

En otra ocasión una hija espiritual fue a confesarse con el P. Pío. Cuando le dijo que había criticado al Santo Padre, le cerró la ventanilla en la cara, gritándole:

- ¡Villana! ¿No sabes que criticar al Papa es como criticar a Jesucristo?

Por lo que se refiere al actual Pontífice, recordamos que Juan Pablo II visitó al P. Pío en 1947, siendo estudiante en Roma, volvió a verlo en 1964, siendo ya cardenal arzobispo de Cracovia y la tercera vez, siendo Papa, visitó y rezó sobre la tumba del P. Pío el 23 de mayo de 1987, con ocasión del centenario del nacimiento del P. Pío. (1887-1987)

Amor a la familia. EL P. Pío tenía una especial ternura para la familia. Había nacido en una familia profundamente cristiana y sabía que la familia era no sólo la célula más importante de la sociedad humana, sino también la pequeña iglesia doméstica. Muchos de sus carismas eran aprovechados en favor de la familia.

A Carmela Caizzi, novia de un médico del norte de Italia y que tenía muchas dificultades con sus padres, el P. Pío le dijo:

- Sé valiente y rebélate a los tuyos. Cásate con ese hombre, porque es el que el Señor te ha enviado. No te alejes de los caminos que Dios te ha trazado, y cástate pronto, lo más pronto posible.

«Le pregunté una vez al P. Pío -cuenta una señora- si era la voluntad de Dios que yo me casara, porque tenía entonces cuarenta años. El Padre me contestó: "- Y ¿qué esperas?"» En cambio, cuando Enzo Bertani, que había dejado su trabajo primero en Venezuela y luego en Parma para quedarse en San Giovanni Rotondo al servicio de la Casa Alivio, anunció al P. Pío que se iba a casar con su novia de Parma, el Padre le dijo:

- No, aquella no te conviene.

Resultó en efecto, que esa mujer era estéril.

Dos años más tarde, Enzo hizo todos los preparativos de la boda: fecha, invitaciones, padrinos, y por último fue a dar la noticia al P. Pío. Por segunda vez el Padre le dijo:

- No, no te conviene.

- Pero, Padre, todo está listo. ¿Qué voy a decir a mi prometida, a sus padres, a los invitados? ¡Es un desastre!

- Te he dicho que no, y yo no acostumbro repetir las cosas dos veces.

El P. Pío veía el futuro y tenía razón. Esa segunda novia murió en un accidente de carretera. La tercera fue la vencida. Se hizo una novia a una muchacha del pueblo de San Giovanni, hija espiritual del P. Pío. Cuando lo comunicó tímidamente al P. Pío, con gran fuerza y alegría él dijo:

- Muy bien, ésa te conviene, y te voy a casar yo.

El P. Pío aconsejaba a las novias que les exigieran a sus novios cuatro cosas: la honestidad, la práctica de la religión, la laboriosidad y una posición social estable.

Mientras a unas personas les aconsejaba el matrimonio, a otras, como por ejemplo a la señorita Fanola Pecini, le dijo:

- Mira, no dejes nunca sola a tu mamá, ni a tu casa. Esta es tu única vocación. Así harás la voluntad de Dios.

Al matrimonio Battisti que se casaron en Roma en 1952 y luego fueron en un viaje de boda a San Giovanni, el P. Pío dijo:

- Felicidades, hijos míos. El Señor los ayude a formar su nueva familia y les conceda una numerosa y santa prole.

Sin embargo, a una señora que tenía en su conciencia un aborto y empezaba a confesarse le gritó:

¡Asesina, has matado a tu hijo!, y cerró la ventanilla del confesionario.

“Volví a casa y se lo conté a mi esposo”, escribe la señora. Pasamos varios días llorando juntos. Luego fuimos los dos a confesarnos con el P. Pío, que nos acogió bondadosamente».

La última carta del P. Pío, fechada el 12 de septiembre de 1968, pocos días antes de morir, está dirigida al Papa Pablo VI. Contiene la expresión de su afecto filial al Santo Padre; expresa el generoso ofrecimiento de su vida por la Iglesia, tanto en su nombre como en el de sus hijos espirituales y de los miembros de los Grupos de Oración agradece las palabras claras y decididas que Su Santidad escribió en su última encíclica *Humanae Vitae* y reafirma su fe y su incondicional obediencia a las iluminadas directrices del Papa.

Pablo VI personalmente mandó que se publicara esta carta a los pocos días de la muerte del P. Pío, como ejemplo para todos los hijos de la Iglesia.

Casa Alivio del Sufrimiento

La tarde del 9 de enero de 1940, el P. Pío reunió a tres de sus grandes amigos espirituales: el farmacéutico Carlos Kisvarday, el médico Guillermo Sanguinetti y el agrónomo Mario Sanvico. Les propuso:

- Desde esta tarde inicia mi gran obra aquí en la tierra.

Se trataba del proyecto de fundar un hospital que habría de llamarse "Casa Sollievo della Sofferenza", es decir, Casa Alivio del Sufrimiento. El P. Pío sacó del bolsillo una moneda de oro que había recibido como regalo de una anciana desconocida y dijo: "Esta es la primera piedra".

A causa de la Segunda Guerra Mundial, los trabajos no pudieron empezar sino hasta mayo de 1947. El 5 de mayo de 1956, fiesta de su Patrono San Pío V, se inauguró el hospital con la bendición del cardenal Lercaro y un inspirado discurso del Papa Pío XII.

La finalidad de este hospital es la de curar al enfermo tanto espiritual como científicamente. Así lo expresó el Papa en su discurso: «La fe y la ciencia, la mística y la medicina deben ponerse de acuerdo para auxiliar a la persona del enfermo toda entera: cuerpo y alma».

Le hicieron observar al P. Pío que la Casa Alivio era demasiado lujosa. El Padre respondió: - ¿Lujosa? Si fuera posible yo la haría de oro, porque el enfermo es Jesús, y todo lo que se hace por Jesús, es poco.

Durante los trabajos, el P. Pío les había dicho a los responsables de la construcción:

- Háganla tan bonita como el paraíso, porque en ella va a habitar Cristo enfermo.

La Casa Alivio resultó uno de los mejores centros hospitalarios de Italia, dotado de las instalaciones más modernas. Tiene incluso terrazas para helicópteros para un más rápido transporte de los enfermos y accidentados, laboratorios, farmacia, central termoeléctrica, imprenta, cine y capilla. Cincuenta médicos y más de trescientos empleados atienden a un millar de enfermos.

La Casa Alivio testimonia para siempre el amor fecundo e infinito de Dios. El P. Pío dijo un día:

- Es el Señor él que con sus manos lleva adelante la casa Alivio. Es obra suya y saldrá adelante por siglos. ¡Ay del que la toque!...

Sin embargo, la envidia humana se echó encima de la Obra del P. Pío. Desde 1959 periódicos y semanarios empezaron a publicar artículos y reportajes mezquinos y calumniosos contra la Casa Alivio.

Para quitar al P. Pío los donativos que le llegaban de todas las partes del mundo para el sostenimiento de la Casa Alivio, sus enemigos planearon una serie de documentaciones falsas.

Hubo inspecciones e inquisiciones por parte de visitantes apostólicos; se le quitó la administración de la Casa Alivio y se intentó desanimar a los fieles para que no asistieran a su misa o no se confesaran con él.

El P. Pío, destrozado por las persecuciones, tuvo todavía la fuerza de decir:

- Dulce es la mano de la Iglesia también cuando golpea, porque es la mano de una madre.

Y al superior que leía algunas disposiciones de la autoridad eclesiástica que lo afectaban respondió: - "¡Deo gracias!"

LOS COLABORADORES DEL P. PÍO

Para realizar sus proyectos, el P. Pío sabía muy bien escoger a sus colaboradores, los cuales no siempre eran madera de santos.

El principal responsable de la "Casa Alivio" fue el doctor Sanguinetti, masón y comecuras.

En 1940 el doctor aceptó acompañar a su esposa Emilia a San Giovanni Rotondo, pero solamente como chofer.

Cuando el P. Pío lo vio de lejos, lo llamó por su nombre, como si fuera un amigo de siempre, y le dijo:

- He aquí el hombre que buscaba para mi hospital.

- ¿De dónde me conoce? - le contestó sorprendido el doctor.

- Esto no importa. Ve y vende lo que tienes en Florencia y ven a vivir aquí, le contestó con decisión el Padre.

- Es imposible, soy pensionado y mis pocos ahorros no son suficientes ni siquiera para construir una casita en este pueblo.

- Tú tienes un documento en casa- replicó misteriosamente el P. Pío - que solucionará el problema.

En efecto, poco después, el doctor Sanguinetti ganó un premio en un sorteo de bonos.

Recordó las palabras del P. Pío, fue a San Giovanni, se fabricó una modesta casita y se dedicó a tiempo lleno a la "Casa Alivio", como médico y director hasta 1954, año de su muerte.

Cuando una mañana le comunicaron al P. Pío la muerte repentina del doctor Sanguinetti, lloró como un niño. Juan Gigliozzi estaba con el P. Pío aquella mañana y cuenta que los sollozos le sacudían los hombros y escuchó de su boca unas palabras desconcertantes:

- Jesús, ¡Tú me lo has ocultado! ¡De haberlo sabido, te lo hubiera arrancado!

Palabras estremecedoras que demuestran cuánta confianza y familiaridad el P. Pío tenía con Jesús, y cuánto amor por su amigo Sanguinetti.

Otro extraño colaborador del P. Pío fue Angiolino Lupi, un hombre un poco raro y bohemio que trabajó en su juventud en toda clase de oficios, en Roma, en Siria y en Egipto.

En un viaje de Roma a San Giovanni Rotondo, el doctor Sanguinetti lo encontró por casualidad, y le propuso:

- Tú podrías ayudarme a construir el hospital del P. Pío.

- Bueno, yo no soy ingeniero - contestó Angiolino pero me las arreglo como maestro de obras, porque llevo el arte de la construcción en la sangre.

Los dos llegaron a San Giovanni Rotondo, y el doctor presentó el señor Angiolino al P. Pío, que al verlo le dijo:

- Para empezar, vamos al confesionario para lavarte la conciencia.

El señor Lupi intentó resistir, pero viendo que el P. Pío ya se iba hacia la puerta del cuarto, lo siguió como un corderito. Allí se confesó después de muchos años de no hacerlo.

El señor Lupi fue proyectista y director de la "Casa Alivio del Sufrimiento", enseñó a los braceros agrícolas de la zona los oficios de carpinteros, albañiles, herreros y pintores, y levantó un edificio que insignes arquitectos definieron una auténtica obra maestra.

Hubo momentos difíciles, como cuando faltaba dinero para pagar a los obreros o cuando Angiolino fue demandado por "ejercicio abusivo de la profesión".

- P. Pío - le dijo Angiolino preocupado -, me meten a la cárcel.

- No te preocupes, hijo mío - le aseguró el Padre -, el ingeniero que te acusó, tiene el diploma de los hombres; tú, lo tienes de Dios.

Y el proceso contra Angiolino se esfumó como pompa de jabón.

En 1954 se inauguró la clínica "Casa Alivio del Sufrimiento" con un importante congreso de cardio-cirugía, presidido por el famoso profesor Valdoni de la Universidad de Roma.

Participaron científicos de fama mundial, como Nylin, presidente de la Sociedad europea de cardiología, los norteamericanos White y Wangesteen, el sueco Olivecrona, el francés Lian y los italianos Dogliotti y Puddu.

Todos estos científicos fueron a rendir homenaje al P. Pío que les dijo:

- Lleven su ciencia al enfermo, pero recuerden que deben llevar también el amor.

Tres días después los mismos congresistas fueron recibidos en audiencia por el Papa Pío XII quien habló hermosamente sobre la Casa Alivio de San Giovanni Rotondo.

- Santidad - le dijo el profesor Olivecrona - ¡harían falta muchas de estas personas como P. Pío!

- Sí, es un hombre extraordinario - contestó el Papa Pacelli-. Pero no lo puedo decir demasiado en voz alta, si no me lo canonizan en vida.

Almas víctimas

Hay un aspecto sorprendente en el mundo afectivo y humano del P. Pío: sus relaciones cordiales con el mundo femenino. Diríamos que fue más bien el mundo de las mujeres que rodearon a este hombre, aparentemente "huraño".

Es la historia por ejemplo, de las relaciones entre el santo fraile y la señorita Cleonice Morcaldi, hija del alcalde de San Giovanni Rotondo. Una muchacha sencilla, atraída por los ideales místicos, que vivió cerca del Padre, para crecer espiritualmente a su sombra, para colaborar con su obra, para confortarlo en los momentos de amargura. Nació así un maravilloso testimonio de amistad espiritual, expresado por cartas y apuntes hasta ahora desconocidos, de los que se destaca evidente y hermosa figura del hombre y del santo. Es de los apuntes de Cleonice que hemos sacado las mejores noticias acerca de la Misa del P. Pío. Un alma generosa que colaboró con el P. Pío fue Rafaelina Cerase, de la ciudad de Foggia. Esta mujer, muy enferma, se ofreció en 1916 como víctima para que el P. Pío cuando estaba en Pietrelcina, sanara de su enfermedad y regresara a su comunidad. En efecto el Padre sanó, se despidió de su tierra y fue destinado al convento de los capuchinos de Foggia, en donde pudo atender espiritualmente a Rafaelina.

El caso de María Pyle

Otro caso similar lo encontramos en la señorita María Pyle. Norteamericana, de familia protestante, llegó a Italia en 1924 como admiradora y colaboradora de María Montessori. Era doctora, joven de gran belleza y de una colosal fortuna. En 1918, en España, se convirtió al cristianismo y llegó a Italia para solucionar sus inquietudes científicas y sus problemas de pedagogía. Por curiosidad llegó a San Giovanni Rotondo, pero se fue decepcionada.

Estando en Capri, la doctora tiene un sueño: se ve en la carroza, sentada a la izquierda de María Montessori, quien lleva las riendas del caballo. De pronto la escena del cuadro cambia. Se encuentra en la misma carroza, pero colocada a la derecha de un fraile que lleva

las riendas. Reconoce en él al P. Pío. El caballo corre ligero por una calle empinada que desemboca delante de la fachada de un santuario. María se percata de que se trata de la iglesia de la Virgen de Santa María de las Gracias de San Giovanni Rotondo. El Padre detiene el caballo y dice: "Hemos llegado". El sueño termina. María Pyle decide aclarar el sueño y vuelve a San Giovanni Rotondo, en donde el P. Pío la recibe y, a manera de saludo, le dice: "Hemos llegado".

En efecto, María Pyle había llegado definitivamente. En San Giovanni Rotondo se quedó para siempre. Vendió su gran fortuna y distribuyó su dinero a los pobres. A la vez se construyó una humilde casa cerca del convento. Su vida y su trabajo lo consagró enteramente al P. Pío. Fue su mano derecha y la mediadora para cuantos peregrinos, especialmente de lengua inglesa, querían acercarse al Padre Pío.

En los años de segregación absoluta en San Giovanni Rotondo (1923)-1933) hubo otra hija espiritual del P. Pío que ofreció su vida para que cesara la persecución contra el estigmatizado. Se llamaba Lucía Fiorentino. El Señor le tomó la palabra y Lucía murió en 1934; pocos meses antes el Papa Pío lo reconoció públicamente la inocencia del P. Pío. Lucía Fiorentino era un alma excepcional que tenía frecuentes fenómenos místicos, entre ellos locuciones interiores. Ya desde 1906 el Señor le había anunciado que vendría de lejos un sacerdote, simbolizado por un gran árbol y que con su sombra cubriría todo el mundo. Quien con fe se refugiara bajo él, obtendría la verdadera salvación. Por el contrario, quien se burlara, sería castigado. El P. Pío era este árbol, hermoso y rico en hojas y frutos de santidad y salvación para muchos.

Los Grupos de Oración

«Lo que falta a la humanidad -repetía con frecuencia el P. Pío - es la oración».

Los continuos llamados del Papa Pío XII a la oración para alcanzar la paz en el mundo destrozado por la Segunda Guerra Mundial, encontraron en el P. Pío una respuesta concreta. El ideó y fundó sus famosos "Grupos de Oración", que definió:

«Semilleros de fe, hogares de amor en los cuales Cristo mismo está presente cada vez que se reúnen para la oración bajo la guía de sus directores espirituales».

No se trata de una asociación, sino sencillamente de un grupo de personas que se reúnen para orar. Y las dos oraciones principales y básicas son la misa y el rezo del rosario. Si es posible también se hace una breve reflexión sobre un mensaje espiritual y los ejemplos de la vida santa del P. Pío.

El 24 de septiembre de 1975, el Santo Padre Pablo VI, hablando del P. Pío dijo:

«Entre tantas y maravillosas cosas que hizo el P. Pío, están las numerosas personas que oran y se entregan a la vida cristiana en la oración, en la caridad, en la pobreza de espíritu y en el cumplimiento del deber cristiano».

Un día el P. Alberto había dicho al P. Pío:

- Padre, ¿es tan necesario organizar grupos de oración, cuando en algunas diócesis ya están molestando a los obispos?

- Yo invito las almas a orar - contestó el P. Pío -, y esto ciertamente fastidia no solamente a algunos obispos sino especialmente a Satanás. Por otro lado, siempre les he recomendado a los Grupos la obediencia a la santa Iglesia.

Entre los fuertes opositores, fastidiados por los Grupos de Oración, estaba un cohermano suyo capuchino, Mons. Bordignon, obispo de Padua que definía los Grupos como "centros

de fanatismo" y condenaba a un sacerdote diocesano, el Padre Atilio Negrisolo, sólo culpable de pertenecer a la "secta del P. Pío", le quitó la enseñanza en el seminario y le suspendió a divinis.

Un amigo suyo e hijo espiritual, el Padre Gabriel Amorth escribió:

«El P. Pío, cuanto más avanzaba en edad, más sentía la necesidad de aumentar la oración. Ya al final de los años 40, me di cuenta de que el tiempo que dedicaba a las confesiones era bastante reducido. Quedaba lejana la época en que confesaba durante 16 horas al día. El Padre, le dijo un día: "Querido Padre, ¿no podrías confesar por un poco más? Aquí hay personas que vienen de muy lejos, del extranjero y para poderse confesar contigo deben esperar muchos días". El P. Pío le respondió: "Querido Padre, ¿crees que la gente viene aquí por el P. Pío? La gente viene para oír una palabra del Señor. Y si yo no rezo, ¿qué voy a decir a la gente?"».

«La necesidad de la oración - termina escribiendo el P. Amorth - le era también sugerida por la conciencia de saberse indigno, se sentía un gran pecador, con el riesgo continuo de poder perder la fe. Por ello ha sido siempre un gran pedigüeño de oración. Yo sabía que si quería verlo iluminado de gozo, no tenía más que decirle: "Padre, rezo por usted"».

Difusión de los Grupos de oración

Pronto los Grupos de Oración del P. Pío se multiplicaron en Italia y en todo el mundo y se llegó a tener un primer congreso regional en Venecia en 1956; un segundo congreso nacional en Catania en 1959, bajo la presidencia del cardenal Lercaro y por fin, el congreso internacional, el 22 de septiembre de 1968, en San Giovanni Rotondo con ocasión de los cincuenta años de los estigmas del P. Pío.

El mismo Santo Padre, en la homilía de la beatificación del P. Pío, recordó esta gran obra: los grupos de oración que son una de las herencias espirituales del santo. Estos grupos nacieron como respuesta a la invitación del P. Pío de orar y orar en común. Quería que los grupos de oración estuvieran vinculados al Hospital Casa Alivio del sufrimiento.

«Estos grupos nacen espontáneamente en todo el mundo - explicaba Mons. Francisco Ruppi, obispo de Lecce. Cuando fui de viaje a Uganda en 1969, acompañando al Papa Pablo VI, al entrar en una pobre casa vi dos fotografías: la del P. Pío y la del Papa Juan XXIII. Un anciano me explicó: "Se trata de dos personas que me han querido, pues están cerca de nosotros, los pobres, y nunca nos abandonan". Nadie nos explica cómo llegó al corazón de África aquella fotografía ya en aquellos años».

En Estados Unidos la devoción al P. Pío se extendió al regreso de los soldados que fueron a Italia durante la segunda guerra mundial. De hecho, hoy Estados Unidos, junto con Italia, es el país con mayor número de grupos de oración del P. Pío. Hoy en día existen unos 2000. Están presentes en Australia, India, Bangladesh, Sudáfrica, América Latina, Filipinas, y, después de la caída del muro de Berlín han llegado a Rusia y al Este de Europa y fueron precisamente los obispos polacos, con el entonces cardenal Carlos Wojtyla, quienes pidieron en primer lugar la apertura del proceso de beatificación del P. Pío.

El P. Pío aceptaba como hijos espirituales a cuantos se lo pedían. Pero siempre les ponía una condición: "No me hagan quedar mal". Todos los que pertenecen a los grupos de oración se consideran hijos espirituales del P. Pío. El 22 de septiembre de 1968, desde la ventana de su convento, el P. Pío les dijo a los miles de congresistas de los grupos de oración: "Soy todo de cada uno de ustedes. Cada uno de ustedes puede decir: "¡Padre Pío es mío!"

HACIA LA GLORIA

Místicas bodas de sangre

El viernes 20 de septiembre de 1968, el P. Pío cumplía cincuenta años de haber recibido los estigmas del Señor.

Aquella mañana en todo San Giovanni había un extraordinario aire de fiesta. La gente había llegado de todas las partes de Italia y del mundo, en autobuses, trenes, coches, aviones. Una gran multitud ocupaba los albergues, las calles y la iglesia. Los hoteles estaban llenos y mucha gente todavía andaba en busca de alojamiento.

El P. Pío celebró la misa a la misma hora de siempre. Alrededor del altar había cincuenta grandes macetas con flores rosas: rosas rojas para sus cincuenta años de sangre. Después de misa, el P. Pío pasó a través de una larga fila de sacerdotes y religiosos que le expresaron su afecto fraternal. Luego fue a sentarse en el confesionario, como siempre.

Al día siguiente, 21 de septiembre, no se sintió bien, no pudo celebrar la misa, sólo comulgó.

La mañana del 22 era domingo. Una muchedumbre inmensa llenaba toda la plaza y lo esperaban para celebrar el primer Congreso Internacional de los Grupos de Oración. Por complacer al superior el P. Pío cantó la misa, aunque en un momento tuvo un desmayo que hizo que la gente diera un grito de dolor. El P. Pío todavía tuvo la fuerza de murmurar:

- ¡Hijos míos, hijos míos!

Sostenido por sus cohermanos, pudo subir al coro para saludar a la muchedumbre de congresistas.

Ese día hubo otras dos ceremonias muy significativas: la bendición de la cripta y la colocación, en la falda de la montaña, de la primera piedra del monumental vía crucis que los hijos espirituales del P. Pío le ofrecían con ocasión del cincuenta aniversario de sus estigmas. Por la tarde quiso asistir a la misa vespertina con el rosario en la mano y estuvo mirando por última vez a sus hijos espirituales que llenaban la iglesia. Luego se retiró pálido y cansadísimo a su celda.

«Durante esa noche - cuenta su enfermero, el P. Pellegrino -, el Padre Pío me llamó varias veces. A media noche, como un niño asustado, me suplicó:

- ¡Quédate conmigo, hijo mío!

Luego me preguntó:

- ¿Ya celebraste misa?

- Padre, es muy temprano.

- Bien, esta mañana la dirás por mí.

Quiso confesarse y después me dijo:

- Hijo mío, si hoy el Señor me llama, pide a todos los hermanos que me perdonen las molestias que les he dado. Y ruega a mis hijos espirituales que oren por mi alma. Los bendigo a todos.

Salí a avisar al Padre Guardián y a otros Padres y telefoneé al Dr. Sala que llegó en pocos minutos. El P. Pío seguía murmurando: "¡Jesús, María!"

Lo acomodamos en una silla para que pudiera respirar mejor y le dimos oxígeno, mientras el P. Paolo le administraba la Unción de los Enfermos. A las 2:30, dulcemente, inclinó la cabeza sobre el pecho y expiró». Era el 23 de septiembre de 1968.

Cien mil personas de rodillas

Por la mañana temprano empezó a correrse la voz por los teléfonos, y como un relámpago se difundió la triste noticia: "El P. Pío ha muerto".

No amanecía todavía y ya la iglesia y la plaza estaban tan repletas de gente como el día anterior, en una gran manifestación de dolor. Se veían hombres llorando como niños y mujeres apretando el rosario en la mano, con el corazón dolorido, sin poder casi orar, sollozando como si se les hubiera muerto alguien de su propia familia.

Los funerales del P. Pío fueron impresionantes. Se tuvo que esperar cuatro días para que las multitudes de peregrinos pasaran a verlo en el ataúd descubierto; se calcula que más de cien mil personas participaron en el entierro.

Se celebró la misa en la plaza y los enfermos de la Casa Alivio asistieron desde las ventanas a los sagrados ritos. Cuando el largo cortejo fúnebre, que parecía más bien la procesión de un santo, empezó a moverse a través de la calle principal de San Giovanni Rotondo, escuadrones de aviones empezaron a cruzar el cielo azul y a sobrevolar el cortejo. Aquello de veras era la fiesta de un pueblo y el triunfo de un santo.

Mientras tanto la gente empezaba a darse cuenta de un hecho misterioso: las manos y los pies del P. Pío aparecían blancos y diáfanos, sin ninguna señal de estigmas. ¿Qué había pasado? Sí, los estigmas del P. Pío habían desaparecido totalmente. El mismo doctor Sala que estuvo presente en el fallecimiento, dejó esta declaración:

«Las palmas y el dorso de las manos, el dorso y las plantas de los pies y el lado izquierdo del tórax tenían la piel normal, íntegra, de color uniforme al resto del cuerpo».

Según el Padre Di Flumeri, la misteriosa desaparición de los estigmas ha sido un nuevo milagro con el cual Dios ha confirmado su origen místico y sobrenatural.

Según la ciencia y la naturaleza, después de la muerte, aquellas cicatrices tenían que permanecer. Toda herida profunda con lesión de los tejidos deja un signo incancelable. Esto no ocurrió con los estigmas del P. Pío. Esto significa que en la muerte ocurrió en su cuerpo otro fenómeno inexplicable: la regeneración de los tejidos lesionados, la "creación" de una nueva carne en lugar de la que faltaba en los agujeros de las llagas.

«Aparte de las interpretaciones y las hipótesis sobre este nuevo fenómeno - escribe el P. Di Flumeri -, podemos decir que la misión del P. Pío había terminado aquí en la tierra y Dios quiso reservar para sí un secreto. A nosotros no nos queda más que dar gracias a Dios que en nuestros tiempos ha querido manifestar su poder y su amor en esta criatura privilegiada, para bien de los hombres».

A los treinta años de la muerte del P. Pío, el movimiento de los peregrinos no ha disminuido. Se creó el monumental vía crucis, la plaza del Rosario y el Centro Artístico P. Pío; se publicaron los escritos del P. Pío; se multiplicaron los grupos de Oración; se ensanchó la Casa Alivio del Sufrimiento. Se equivocaron aquellos que preveían, después de la muerte del P. Pío, una baja en el interés por San Giovanni Rotondo. El P. Pío había dicho proféticamente: "En el paraíso trabajaré con las dos manos".

Hacia los altares

A los 5 años de la muerte del P. Pío, el 16 de enero de 1973 en una primera fase preparatoria al proceso de la Causa de Beatificación y Canonización, el arzobispo de Manfredonia, Mons. Valentino Vailati, entregó a la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos la primera documentación.

La mayoría de los obispos del mundo habían enviado cartas individuales mientras que de Polonia vino una carta colectiva de la Conferencia Episcopal Polaca (3 de mayo de 1972) con las firmas de los cardenales Wyzynski y Wojtyla, en la cual se hacía referencia al "testimonio de algunos de nosotros que han visto con sus propios ojos al P. Pío y su apostolado".

El 23 de mayo de 1987, con ocasión del centenario del nacimiento del P. Pío (25 de mayo de 1887) el Papa Juan Pablo II quiso peregrinar a su tumba. Era la tercera vez que Juan Pablo II visitaba San Giovanni Rotondo. El Papa celebró la misa y pronunció la homilía. Visitó luego la celda donde vivió y murió el P. Pío, los sitios donde confesaba y donde le aparecieron los estigmas, y la tumba, donde Juan Pablo II se quedó arrodillado y orando un largo tiempo. En esa ocasión Juan Pablo II dijo: «Quiero dar gracias al Señor con ustedes por habernos dado al querido P. Pío; por haberlo donado en este siglo tan atormentado, a esta nuestra generación. Con su amor a Dios y a los hermanos, él es un signo de gran esperanza e invita a todos, principalmente a nosotros, los sacerdotes, a no dejarle solo en esta misión de caridad». También la Madre Teresa de Calcuta fue a visitar la tumba del P. Pío en el centenario de su nacimiento. «Personalmente - dijo - no conocí al santo P. Pío, pero siempre lo he llevado dentro de mi corazón, y en muchos lugares, así como en la India, he escuchado hablar de él y de su maravillosa vida: una vida de oración y de pobreza. Sigamos adelante, tras las huellas del querido P. Pío, escuchando su voz de paz y de esperanza, dando testimonio de verdaderos hijos de Dios».

En octubre de 1989, con ocasión de la visita del Papa Juan Pablo II a la ciudad de Taranto, todos los obispos de Puglia se reunieron en esa ciudad para festejar al Supremo Pastor. Durante el almuerzo, el Santo Padre llamó a su lado a Mons. Valentino Vailati, arzobispo de Manfredonia, quien tiene en sus manos el proceso de la Causa del P. Pío, y con una sonrisa amable le preguntó:

- Excelencia, ¿qué tan adelantada está la Causa del P. Pío?
- Santidad - contestó el prelado - el próximo 21 de enero tendrá lugar la última sesión pública del proceso de la vida y las virtudes del Siervo de Dios P. Pío. Después llevaremos todos los documentos a Roma, a la Sagrada Congregación para las causas de los Santos.
- ¡Bien, bien! - dijo el Santo Padre -. ¡Esto me hace verdaderamente feliz!

En 1990 se terminó el proceso diocesano y la abundante documentación fue entregada a ocho Consultores teólogos, quienes leyeron y estudiaron dando un resultado positivo; éste pasó a la Congregación de los Cardenales para el último y definitivo examen de la heroicidad de las virtudes. El Santo Padre, informado del resultado positivo de las dos Comisiones, de los teólogos y de los cardenales, el 18 de diciembre de 1997, promulgó el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes del P. Pío.

La beatificación

El domingo 2 de mayo de 1999, el Santo Padre Juan Pablo II beatificó al P. Pío en la Plaza San Pedro de Roma, delante de una multitud incalculable, llegada de todas las partes del mundo.

Roma vivió una jornada histórica que se convirtió en el acontecimiento religioso que más peregrinos ha congregado en la historia de una beatificación.

La plaza de San Pedro y la vía de la Conciliación no pudieron contener el río humano. De este modo, la celebración, que fue presidida por Juan Pablo II, se extendió a otra de las

históricas plazas de Roma, la de San Juan de Letrán, así como a San Giovanni Rotondo, el pueblo en donde el Beato Padre Pío vivió casi toda su vida. Los fieles pudieron seguir el acontecimiento a través de las grandes pantallas que el municipio de Roma ofreció como homenaje al nuevo Beato.

Después de la lectura de la fórmula de la beatificación por parte del Santo Padre, un estruendoso aplauso de los más de 150 mil peregrinos de todos los continentes presentes en la plaza San Pedro acogió las palabras del Papa, haciendo eco los más de 200 mil de San Juan de Letrán.

«Este humilde fraile capuchino - dijo el Santo Padre en su homilía - ha sorprendido al mundo con su vida consagrada totalmente a la oración y a la escucha de sus hermanos.

«Cuando yo era estudiante - prosiguió diciendo confidencialmente el Papa-, tuve la oportunidad de conocerle personalmente, y doy gracias a Dios que me da hoy la posibilidad de inscribirle en la lista de los beatos».

El Papa habló de los estigmas del Beato que fue una especial participación en la pasión del Señor, un regalo por parte de Dios, y de las demás pruebas por parte de los hombres. Un cohermano suyo, doctor y fundador de la Universidad Católica de Milán, lo llamó "histérico" y el obispo de su diócesis lo acusó de ser un "estafador".

De este modo, según el Santo Padre, la humildad y la obediencia del Beato P. Pío se convirtieron en un "crisol de purificación, de semejanza con Cristo y de auténtica santidad". P. Pío, misionero y profeta de nuestro tiempo

La encíclica misionera *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II, presenta tres formas de colaboración misionera: la oración, el sacrificio y el testimonio.

En sus años jóvenes, el P. Pío por lo menos dos veces había solicitado para ser enviado a la misión de Allahabad, India, pero por su estado de salud y sus estigmas, no lo contentaron. No pudo, pues, ser misionero ad gentes, sin embargo las gentes vinieron a él para ser evangelizadas. Pablo VI habló de una "clientela mundial" del P. Pío.

Con su oración y el martirio cotidiano del ministerio de la reconciliación, le arrancaba muchas almas al demonio. El no pudo ir a misiones, pero fue misionero a la manera de Santa Teresa del Niño Jesús. Clavado en la cruz, ofreció su vida en holocausto a Dios para la salvación de los hombres. En este sentido el P. Pío fue uno de los más grandes misioneros de nuestro tiempo.

Si el profeta es aquel que dice la verdad en virtud de su contacto con Dios, verdaderamente el P. Pío fue un gran profeta de nuestro tiempo ¿Cuál fue el mensaje de este profeta? ¿Qué horizontes abrirá la beatificación del P. Pío?

Los santos son un llamado de Dios que quiere ofrecer un remedio a la crisis de la Iglesia y de la humanidad. No llegan al mundo por casualidad, sino porque traen un mensaje de parte de Dios.

El mensaje del P. Pío es el ejemplo de su cercanía con Dios y su cercanía a los hombres. El ha sido un protagonista de nuestro siglo, pues ha sabido transmitir un mensaje de reconciliación con Dios y con los hermanos. Mensaje de gran actualidad, mientras estamos preparándonos a cruzar el umbral del tercer milenio.